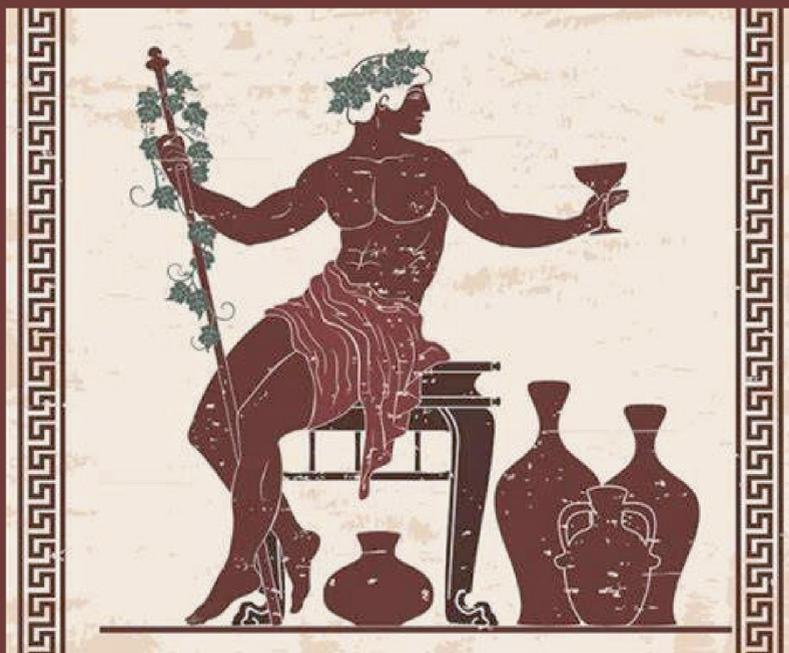


Dionisio Cuenta

Hugo Daniel Moyano Maggi



Ediciones del Callejón

Dionisio Cuenta

Hugo Daniel Moyano Maggi

Dionisio Cuenta



Ediciones del Callejón

Moyano Maggi, Hugo Daniel

Dionisio cuenta / Hugo Daniel Moyano Maggi. 152 páginas

1a ed. - Los Hornillos : Ediciones del Callejón, 2022.

Libro Físico/ Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48734-4-6

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Imágenes de tapa: Santiago Kender. La Habana. “Nube Cónica”
120 cm X 80 cm. Diseño editorial

©Hugo Daniel Moyano Maggi, 2022

©Ediciones del Callejón, 2022

Gladiolo s/n Los Hornillos - 5885 -Traslasierra - Córdoba

Correo Electrónico: edicionesdelcallejon@gmail.com

Tel: (whatsapp) 3544594465 / (03544) 499254

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN 978-987-48734-4-6

**A la profe María Antonia Navarro
y al Taller Literario Confluencias**

Prólogo

A modo de presentación...

Abro el libro. Mis ojos desandan los senderos de letras. Me sumerjo en el relato. Escudriño la intemperie, la noche apenas iluminada por una lámpara raquíca, las siluetas humanas recortadas sobre el revoque andrajoso de la tapia. Reconozco el paisaje del barrio. La historia me atrapa entre sus manos. Casi escucho en el silencio de mi cuarto, el gruñido de los cerdos...

Dejo atrás el primero de los cuentos y me sumerjo hambriento en los veintisiete relatos que componen esta obra.

La pluralidad de temáticas, la diversidad de texturas del lenguaje y la multiplicidad de voces y recursos utilizados, conforman un conjunto que convoca a la sorpresa.

A poco de andar historias, identifico al hombre que narra. Al fin y al cabo, conozco a este Dionisio que cuenta, o más precisamente a su "alter ego" Hugo Daniel Moyano Maggi, casi desde su primer vagido, pronunciado a voz en cuello en una siesta abrasadora de enero deanfunense.

Desde entonces, hemos andado la vida con vocación de hermanos, compartiendo vertientes de sangre y sueños, deshojando palabras y silencios, construyendo utopías, alumbrando madrugadas en el espasmo rojo del vino y sublevando pájaros con la voz de su guitarra.

Sin embargo, abandono a un costado esta hermandad declarada y me remito a la calidad de los textos palpitantes de vida y de muerte, entregados por el autor. Estoy seguro que usted coincidirá conmigo luego de leer este libro.

Daniel Tomás Quintana

Dionisio Cuenta

La tumba del cerdo

Es de noche y allí están. Como tantos otros, en otros tantos desamparos. Son cuatro. Chicos del barrio. Adolescentes. Es de madrugada. El parqucito les presta su intemperie. Una luz amarilla dibuja sus contornos.

Tres sentados. Uno de pie que por momentos se acuesta sobre el piso. Beben de unas cajas tetra brick. Vino blanco del barato. Ese que consiguen como una obligación. Los uniforman las gorritas, la ropa oscura. Hablan un idioma diferente. Palabras inefables. Se prodigan gestos ampulosos. Se miran. No se reconocen. Penosa escena de seres vulnerados. Necesidad de grito; ruego de auxilio. Pero callan. Son bien hombrecitos. Lo festejan a su modo.

Cae una botella y los vidrios ruedan como caracoles. Unas carcajadas. Una puteada. Risas como de locos. Risas de locos. El que tiene la campera azul toma una piedra y tira contra la lámpara que alumbra. Falla una y otra vez. Se deshace de la piedra. El portón del vecino es destinatario. Pasame el pucho. El humo contagia. El olor golpea los sentidos. Tengo más. El más jetón arma un porrito. Lo enciende con la brasa que se arrima. Hacé correr la caja. El que está en el suelo se revisa los bolsillos. El que está de pie juega con el vino. Lo aleja de su boca y deja caer el chorro. Se moja la remera. Otro mira empinando un vodka en su trago final. Algo dice. No se entiende. Las garras del farol trasmutan cada rostro.

Alcohol y droga. Mala mezcla. La marea los ha tirado

lejos de la realidad.

Ya no hay más nada dice alguno. El más chico vomita a los pies de un paraíso. Se babea y llora. Los otros piensan. En la que medida en que se puede. Cómo seguir. Hay que comprar. No queda plata. Silencio. Uno zumba como abeja. Mucho rato para estar callados.

Las celdas siempre estaban ocupadas. Cuartuchos llenos de mierda. No con ladrones ni con estafadores, con otros. Peligrosos. Enemigos.

Tipos y mujeres sacados de sus madrigueras. Escondrijos donde armaban bombas. Donde escondían armas. Donde cocinaban “su” revolución. Cobardes. Ratas al acecho. Alimañas que de a poco caían en las trampas. Moscas enredadas en la telaraña.

Había visto centenares. Cagones que lloraban. Que no bancaban un apriete. Unos maricones disfrazados de valientes. Para matar y secuestrar. Allí estaban. En su purgatorio. Era lo que merecían. Estarían rezando, acordándose de Dios, rogando que los salve. Qué los va a escuchar. Al Barba no se le miente. Porque sabe. Además está de nuestro lado.

Si los vieran. Pendejos de familias “bien”. Haciéndose los salvadores. Asesinos. Comunistas. Debería darme pena. Pero no. No siento pena. Odio tengo. Les volaría la cabeza. Ahora mismo. Pero mejor no. Mejor que sufran. Que tengan miedo. Que sepan lo que les espera. Varias estaciones por pasar antes del fin. Después quien sabe. Almuerzo de perros en el basural. Bocados de leones. En el zoológico se recicla

todo. Los reyes de la selva se ocupan. Convierten pruebas en mierda. Buen método. Nada por aquí, nada por allá. Una maravilla. Pestilente descanso eterno. Como anillo al dedo.

Me levanto y camino hacia la esquina. La de la vuelta de mi casa. Con la capucha me tapo la cabeza. Los otros me siguen con la mirada. Ya se va el cagón. A chupar solo, seguro. ¡Puto! le grita el Gato. No les doy bola. Les tiro una mirada de costado.

Armame otro boló, escucho decir al Gordo. Todavía hay para uno más. El cigarrito va de mano en mano. El humo los pone más en pedo. El faso los ablanda mal a estos giles. Me pierdo de un toque. La tengo clara. Voy en busca de unos mangos. Si no con qué seguir. Todavía hay mucha noche para andar. Y mañana no hay nada por hacer. Me detengo. Un árbol me esconde debajo de sus ramas. Se me cruza una idea. Hay que ver dónde. El cómo ya veré. Ya lo decidí.

Aprieto una moneda con la mano. Arranco. Miro para todos lados. Nadie anda por la calle.

En la cuadra que sigue doblo a la derecha. Sé que adónde voy conseguiré la plata necesaria. Con suerte capaz que sobre.

Ladra el perro de la casita blanca. Le chisto varias veces. Callate hijo de puta le digo por lo bajo. Me da bola y se va. Es una buena señal.

Cruzo el baldío chico. El ruido de un auto me hace saltar del susto. Me escondo en un recoveco de la verja. No me han visto. La tapia de la casa no es muy alta. La de doña Luisa.

Está sola siempre. El marido hace unos años la dejó. Se fue a Buenos Aires y allá murió. La vieja debe estar en el quinto sueño. Tiene que haber cobrado la pensión. Debe tener plata guardada.

Arrimo un tacho de basura. Tomo enviñón y salto. Fue muy fácil. Ya estoy en el patio. La luz está apagada.

Los aborrezco. Ellos fueron los que lo mataron. Por nada y sin cargo de conciencia. Lo asesinaron a quemarropa. A mi primo el Coco. Era recién casado y estaba esperando un varoncito. Hijos de puta. Un mediodía cuando volvía del trabajo. Era más bueno que el pan. Pobrecito. Nosotros fuimos dijeron. ERP y Montoneros. Hasta mandaron flores al velorio. Hijos de puta. Después se quejan. Que otra cosa se merecen.

Lo que son las cosas. Ahora están aquí. Cagados en las patas. A mi custodia. Yo soy el carcelero. Su San Pedro terrenal. El dueño de las llaves. Las de cerrar las puertas del calabozo. Y de abrirlas para el viaje. Les doy la bienvenida. Cuando se van les hago un regalito. Saben qué. Una goma de borrar. Nadie pregunta. Igual explico. Es un souvenir. Una gentileza, un recuerdo de visita al Departamento Informaciones. El D2 como lo conocen estos cheguevaritas. Marketing nomás. Igual que Disney que te dan un llaverito del perro Pluto. Dentro de muy poco serán borrados. Sin huellas. Sin rastros. Sin carne a la que lleven flores. Adiós muchachos. Adiós muchachas. Buen viaje. En invierno no necesitarán calefacción. No quisiera estar allá para el verano.

El infierno tiene esas cosas. Uno una vez me dijo: milico hijo de puta. No quise contestar. Estas basuras no tienen ningún derecho. No tienen voz. Ya no existen. La línea de su salvación ha quedado atrás. Para ser amable, aclaré. No soy milico, señor subversivo. Soy su carcelero. Su noble conserje de prisión. Atilio Cosme Zacarías es mi nombre. Sargento Ayudante. Usted es un privilegiado. Está en un hospedaje del centro. El maravilloso D2. Pero no se preocupe: hay atención personalizada. Disculpas por el agua fría. La caldera no funciona. Me miró con odio. Se lo llevaron. Recuerdo aquella noche. Otra como tantas. Recordé cuando comencé con mis tareas. Junio del 74. Me recibieron bien. Eran tipos pesados. El Manso Juárez, la Cata Moreno, el Jorgito Beas, el Tierno Mansilla. Hermoso grupo. Muy buenos compañeros. De fierro. Años duros fueron. Casi me matan cuando el tiroteo a la jefatura. Tiraban desde todos lados. Con fusiles y ametralladoras. Unas granadas cayeron desde las torres de la Catedral. A Julio le pegaron un tiro en el cuello. Con una 45. Era correo el pobre. Llevaba correspondencia a los tribunales. Tenía seis hijos. Quién se acuerda de él. En donde está su placa. Su monumento. El nombre de alguna calle. Alguna marcha que pida por él justicia.

Camino hacia la ventana. Tengo cuidado. Mido mis pasos. Esquivo la carretilla y una pila de mosaicos. La luna deja ver las cosas. En la esquina del terreno duermen los chanchos de la vieja. Hay tres enormes. Roncan como truenos. Hay olor a podrido. Con razón. De acá sale. Del chiquero.

No quiero que me vean. Porque harán quilombo. Me agacho. Me muevo muy despacio. Llego al borde de la ventana. Las celosías están abiertas. Confiada la vieja. Las cortinas están sin correr del todo. Espío por un costado. Adentro no hay movimiento. Solo una luz que asoma por detrás de un mueble. Pongo la nariz contra el vidrio. La respiración hace como una mariposa. Respiro hondo. Otra vez la mariposa. Parece una advertencia. No hay que hacer caso a esas giladas. Adentro hay una mesa con seis sillas, un aparador, una máquina de coser. Un televisor viejo, un florero. También dos vasos y un sifón de soda. Una mesita con santos y estampitas. Una vela prendida que los alumbrá. De allí viene el resplandor.

La noche está callada. Eso es malo. El silencio me asusta. Con cuidado. Con cuidado desde ahora. Cualquier ruido podría despertarla. Tengo miedo. Es la primera vez que voy a robar habiendo gente adentro. Pero la vieja duerme. Debe tomar remedios para todo. Y eso la tiene que planchar. Me transpiran las manos y se me han endurecido las piernas. El corazón retumba. Parece que me va a explotar. Tengo ganas de volver sobre mis pasos. Dejar el plan. Regresar al parquecito. Algo deben haber conseguido los otros. No. Ya estoy acá. No me voy a cagar. Quien me va a ver.

Entro, reviso y me llevo lo que pueda. Plata o algo, qué se yo. No. Plata es lo que busco. Debe estar encanutada por ahí. Primero me voy a fijar en el comedor. En los cajones del aparador. En los cajoncitos de la Singer. En algún tarrito: las viejas esconden ahí su plata. Si no hay nada tendré que entrar al dormitorio. Despacio. Ojo. Sin hacer ruido. Sin llevarme

nada por delante. Si la vieja se despierta no sé qué haré. Saldré corriendo. O no sé. Porque si me ve sabrá quién soy. Me conoce del barrio. Pero no. No me va a ver. Y si me ve no me va a reconocer. Ya sé. Me tapo con la capucha. Pero la cara. La cara me la cubro con algún trapo que encuentre apenas entre. Ya está. Eso voy a hacer. Listo.

Todo se fue poniendo raro. Poco a poco. Para peor. El trabajo fue mermando. Cada vez más fiero. La gente nuestra se fue yendo. Los traslados dejaron de venir. Ya no había a quien guardar. Mejor dicho, sí, pero la cosa había cambiado. Los grupos habían dejado la calle. Nadie podía ver lo que se venía. Yo sí. Estaba todo ante las narices. Los milicos dejaron la casilla del medio. Como en el tatetí. Llegó el Alfonso con sus muchachos. Los de la Coordinadora. Los de Franja Morada. Al principio parecía que no iba a cambiar mucho el panorama. Pero no fue así. Arrancaron con esa joda. La de los derechos humanos. Y lo primero que hicieron fue dismantelar. Empezaron por nosotros.

Fueron sacando las rejas de los calabozos. Transformando los cuartuchos. Armando oficinas con muebles nuevos. A los viejos los subieron a un camión. Correrían el mismo destino que los antiguos inquilinos. Abrieron las ventanas. Después de muchos años la luz pudo entrar. Colgaron cortinas de colores. Se pintaron los pasillos. Pusieron maceteros con flores, con helechos. Descolgaron el crucifijo, el grande, el de madera. Lo llevaron quién sabe dónde. Se colgaron lámparas hermosas. Rogamos que las paredes no hablen. Que ni

siquiera desparecen un murmullo. Que los secretos viejos se mueran de una vez. Los gritos resonaban como ecos muy chiquitos. Todo no pasó de golpe. No. Fue cocinándose como un caldo, de hueso de puchero. Lento. Vaporoso. Hasta que se destapó la olla. Llegó por fin el maldito día.

Encuentro un fierro al pie de la ventana. Lo meto entre sus hojas de chapa. Hago palanca. Nada. No cede. Un poco más de fuerza, pero ojo con el vidrio. Puede romperse. Otra vez. Cuidado. Un poquito más. !Clack!.Se abrió. El ruido sonó seco. Como un tiro. Ojalá que no se haya escuchado. Abro la ventana. Levanto la rodilla y la asiento sobre el marco. Me tomo de una hoja con una sola mano. Con la otra hago envión. Cuelgo las dos piernas hacia adentro. Un pequeño salto. Ya está. Ya entré. Camino en la penumbra. Espero un rato para que mis ojos se acomoden a la oscuridad. La vela de los santos me ayuda. De paso hago una promesa. Para que me vaya bien. No quiero hacerle mal a nadie. No tengo malas intenciones. Juro que nunca más lo haré. Pero ellos saben que no soy de cumplir. Dejo de pensar en boludeces. Ahora hay que estar atento a todo. No desconcentrarse. Lo primero es buscar un repasador. Acá está, húmedo y con olor a lavandina. No importa. Me lo pongo a modo de barbijo. Me levanto la capucha. Ahora sí. Todo va bien. Abro los cajones. Hay cubiertos, un mantel y unas servilletas. Unos papeles. Boletas parecen ser. Cosas viejas. Un tirabuzón, un abrelatas. Porquerías. En la alacena, tarros amarillos con azúcar, yerba

y fideos. Nada. Ninguno está vacío. Uno por uno los destapo. Por las dudas. En la máquina de coser hay una tijera chica, un cartón pinchado con agujas y unos cuantos carreteles. Ya veo más claro. No queda nada por hurgar. Tendré que entrar a la pieza. No me queda otra. Estoy nervioso. Quiero estar tranquilo. Pero no se puede. Y todo por unos mangos. Por la birra o por la merca. Por las dos. Allá voy. Para eso tengo los güevos bien puestos.

Se hizo un acto. Vino la Banda. Mujeres con pañuelos blancos. Zurdos que empezaban a sacar el hocico de sus cuevas. Otros más. Todos con lo mismo. Pedían justicia. Gritaban. Querían saber. Remover la mierda. De lo que fue, de lo que pasó. Bien que sabían. Corderos con piel de lobo. Venían por la venganza. Eso quedaba claro. Habían perdido y no se la bancaban. Malos perdedores. Ese fue el momento. Definitivo. El de darse cuenta.

El Cóndor Villanueva dejó de ser el jefe. En una semana trasladaron treinta compañeros. Unos a logística, varios más a comisarías chicas. Otros al interior. Los guardaron. Descuartizaron el D2. Hasta el cartel sacaron. Pusieron otro. Uno que decía “Depósito judicial de expedientes”.

El jefe nuevo era un pendejo. De esos salidos de un despacho. Siempre sonriente y perfumado. Nunca se enojaba. Parecía un galancito de novela. Ya no había presos. Nunca más habría. No hacía falta carcelero. Me llamó a su despacho. Muy amable. Me dijo que sería auxiliar administrativo. A partir de hoy. Una recompensa por mis años de servicio en el

D2. A mí. A mí que era un tipo al que temían. Pensé en pedir el retiro. Pero el sueldo no iba a dar. Había deudas. Los chicos estudiaban. Tuve que hacer de tripas corazón. Cortaron mis alas. Traté de agarrar el ritmo. Preguntar. Informarme. Ponerme a la altura del trabajo. Pero no. Lo mío era otra cosa. Algo que ya no existía. Un extraño en el paisaje. Todo blanco. Luminoso. Con computadoras. A vista desnuda. Con gente extraña. Con visitas que exploraban. Con funcionarios que plantaban escritorios. Me parecía ver rostros conocidos. Ojos que miraban. Como si conocieran de antes el lugar. Fantasmas que tal vez no eran. Antiguos pasajeros quizás. No podía ser. Imposible. El trabajo fue bien hecho.

Agarro el picaporte de la puerta del dormitorio. Lo empujo hacia abajo. Abro lentamente. Apenas logro meter la cabeza. Veo. El velador está prendido y la cama está vacía. Me desespero. Tengo miedo. Miro de reojo. Una sombra se acerca por detrás. Me doy vuelta. Una luz me deja ciego. Estoy perdido. Me grita “Qué hacés dentro de mi casa, quiénes”. Nada doñita. Disculpe. Le pido que me perdone. Baja la linterna. La veo venir hacia mí. De pie, a un metro de distancia doña Luisa se detiene y me mira. A la cara. Tiene algo grande en una mano. Como un pedazo de madera. O de metal. Alza el brazo. Trata de acercarse más. La empujo y se desmorona sobre el suelo. La capucha cae. El barbijo también. Nos miramos a los ojos. Me reconoció. Le pego una trompada y se desmaya. Le meto un bollo de papel en la boca. Para que no grite si despierta. Busco con qué atarla.

Con un cinto junto las manos. Con unas medias sujeto los pies. Qué he hecho. Pienso y tiemblo. Pero ya está. No hay forma de volver atrás. Hay que seguir hasta el último. Me apuro por revisar. El ropero tiene camisas, unos pantalones. Varios calzoncillos, medias enrolladas, unas camisetas y una gorra de policía, todo del finado. La cómoda lo mismo, trapos y calzones. La vieja no reacciona. En un cajoncito de cartón hay una máquina de fotos. Me la guardo. Una cadenita que parece de oro. También. Y dos billetes de cien pesos. Debe haber más, mucho más. De que vive esta vieja. Encuentro una valija debajo de la cama. Ahí debe estar la plata. Me tiro al suelo y la retiro. La abro. Ropa vieja y unos zapatos. Del finado deben ser. También los pantalones y las camisas. Dos sombreros. Debería tirar toda esa mierda. Dejar de juntar basura. Sigo con más detenimiento.

Al fin llegó diciembre. Era 1981. Había transcurrido todo demasiado rápido. Me pasaron a retiro. Calladitos de la boca. Quise hablar con alguien para pedir explicaciones. No me las dieron. Sólo un consejo. De lo de antes, de lo pasado vos no te acordás nada. En el D2 nunca pasó nada. Grabate esa palabra: Nada. No nos vayás a defraudar Atilio. Los milicos son gente jodida. Muy vengativos. Vos los conocés. Acordate del capitán Argüello. Y del coronel Robles. Con esos mejor ni cruzarse. Mucha suerte. Y ya sabés. Estamos para lo que necesites. Pasá por la armería y dejá la pistola. En el depósito devolvé el uniforme. La credencial y la placa

quedan en Jefatura. Hacé todo ahora mismo. Cumplí con esa orden. Me sentí desnudo. Comprendí de pronto. Estaba solo. Mis compañeros harían algo para ayudarme. Seguro que sí. Ellos saben que después del retiro sos como un fantasma. Nadie te conoce. Ya me llamarían. Para saber de mí. Aunque no sé. Tengo miedo de que no. Cómo sería andar por la calle. Jubilado. Un Nadie con pasado. Una sombra con historias compartidas. Para mal. Tendré que cuidarme mucho. Estar muy atento. Atento a qué. Adonde se esconde el enemigo. Detrás de qué puerta lo encontraré. Ya no hay ninguno. El trabajo fue bien hecho. Y si no. Si no fue así. Dudo. Me corre un frío por la espalda. Tomo conciencia. El piso se mueve debajo de mis pies. Si alguno anda suelto. Si zafó del viaje. Estoy en la calle. Camino. Siento que me miran todos. Desde todos lados. Desde los autos y desde los colectivos. Disimulo mirando vidrieras. Apuro más el paso. No te pongas así Atilio. No te des máquina. Aquello ya fue me digo. Respirá y tranquilizate. No pasa nada. Ya te van a llamar los muchachos. Para jugar a las bochas. Para tomar algo en el Círculo. Para recordar viejos tiempos. Anduve mucho sin darme cuenta. Persiguiendo quién sabe qué. Estoy en la parada del 42. La fila es larga. Hay dos de barba. Una cincuentona. Me relojean. Me hago el boludo. Llega el colectivo. Subo y paso al fondo. Quiero llegar pronto a casa.

Reviso un cofre que asoma debajo de la cómoda. No tiene llave. Levanto la tapa. Hay un sobre de papel madera en su interior. Guarda dos envoltorios más pequeños. Los

dos pegados con cinta de embalar. Acá debe estar el canuto. Abro el primero. Tiene una carta, un diente de chico y un chupete color celeste. Debe ser muy importante para estar guardada y escondida. A mí qué mierda me interesa. No vengo a leer giladas. Vine a buscar plata. La hago un bollo y trato de embocarla en un florero. Fracaso. Cae al piso. En el otro hay algo más gordito. Me entusiasmo. Meto la uña por debajo de la cinta y abro. Ahí está. Por fin. Un fajo de billetes y unas alhajas. Me siento sobre el colchón y cuento. Dieciséis mil pesos, cincuenta dólares y un anillo, dos aros, un colgante y tres medallitas, todo de oro creo. La vieja amarrocaba.

Yo sabía. Guardo todo en el bolsillo de la campera. Qué hago con la vieja. Ya sé. Apago todas las luces. La vela también. Le pido permiso a un San Cayetano. Por las dudas. Agarro su estampita y me la llevo en el bolsillo del pantalón. Para que me cuide. Al fin y al cabo yo también trabajo. Por ahora de esto. De compartir con otros lo que tienen. Hoy en día es un rebusque para muchos. Si no mirá la tele. Yo no uso arma. No soy de matar gente. No me veo en esa. En el futuro no sé que habrá. Me gustaría tener algún estudio. Pero ya no. Se me pasó el tren. Eso es para pendejos. Aparte nunca me gustó. Que me importa de la historia. Sacar cuentas menos. Las tablas nunca me las aprendí. Un bajón. Una vez llevé la bandera para un acto. Fue en tercer grado. Tengo la foto. Tenía flequillo y una campera azul de corderoy. Fue para un 9 de Julio me acuerdo. Después nos dieron chocolate. Fijate que vas a hacer con la vieja. Dale que hay que rajar. Ya está. Ya tengo la guita y las joyas.

Nada voy a hacer... Que la desate el que la encuentre. Me voy. Total, si me acusa yo me niego. Estuve toda la noche con los chicos en el parquecito. La vieja sin los lentes no diferencia un camello de un cuaderno. Quién le va a creer. No tengo antecedentes. Algunos sí. Pero por quilombos y por chupi. Hago lo que dije. Veo que respira. Comienza a despertar. Me tranquilizo. Voy a salir. Ya llevo todo lo que viene a buscar. La ventana está cerrada. Las celosías también. Las cortinas están corridas del todo. No puede ser. Quedó todo abierto. Tengo que hacer algo. Pero no sé qué. Tengo miedo. Fue la vieja la que cerró. Sino quién. Cuando.

El 42 se adentró en Los Gigantes. Se detuvo. Miré el nomenclador. Miguel Cané al 800. La cincuentona y el de barba me observaban. El otro ya no estaba. Bajé y me dirigí a casa. Di la vuelta por la esquina. Elegí la vereda de la sombra. A cada tanto miraba para atrás. Para ver si alguien me seguía. Abrí el portoncito de reja. El Pupi salió a mi encuentro. Epa epa. Tranqui. No me vas a romper las medias. Toqué el timbre. Luisa abrió. Hola viejo, como te fue. Todo bien. Y esa cara. Me fue bien. Bah, más o menos. Para qué te lo voy a ocultar. Me dieron el retiro. Veremos cómo nos acomodamos con la plata y con las cosas. Los chicos, las deudas. Vemos cómo sigue esto. No te preocupés. Luisa se sentó. Como si un elefante le hubiera caído encima. Preguntó. Pero así de golpe. No te avisaron antes. Como para que vayas viendo, no sé. Y cuánto vas a cobrar ahora. Todavía no sé cuánto me

van a dar. Ya iré mañana a la Jefatura. Para que me hagan las cuentas.

Vieja de mierda. En qué momento cerraste. Ya sé. Cuando estaba yo en la pieza. Buscando y rebuscando. Seguro que viste cuando entré. Estabas escondida. No dijiste nada. Estás por resucitar. Qué hago. Te voy a atar de nuevo. Pero esta vez más fuerte. Te voy a poner algo bien firme en la boca. Para que no grites. No quiero cortarte el cogote, sabés. Así que tranquila. Colaborá. Estoy jugado. No me importa nada. Pensá que ahora mismo te puedo liquidar. Como a un sapo. Quien va a reclamar por vos. Pensarán que fue un accidente. Que te caíste. Un Acevé. Te golpeaste la cabeza. Y chau. O mejor. Te meto unas pastillas de esas que tomás. Te las hago tragar. Un suicidio. Viene la cana. Ve que los remedios están revueltos. Que faltan muchas pastillas. Lo que menos quieren es laburar. Dicen se mató la vieja. Estaba tan sola. Con depresión seguro. Abandonada por los hijos. Viuda. Para qué querría vivir. Sí. Suicidio. Llamen al médico. Que haga el certificado. A los del servicio para que la lleven. La velen. Y la entierren. Chau Luisita. La vieja me miraba. Trataba de sentarse. No tenía miedo. Le notaba bronca. Como un toro respiraba. Se sentía el resoplido. Me desafiaba. Tan zonza que parecía. Era brava. Me dio rabia. Se me cruzó el diablo por la cabeza. Pero no quería hacer nada malo.

Viví como pude desde entonces. La situación tranquila. Por un tiempo. Después empezaron a joder. A investigar.

Averiguar el pasado. Se habló de los desaparecidos. De los cementerios. Del San Jerónimo, del San Vicente. De La Perla y La Ribera. Chicos nacidos en los calabozos. Semillas de porquería. Yo de eso no sabía. Había marchas. Se empezaba a complicar. La reputa madre. El D2 apareció en los diarios. En la radio y en la tele. Tuve mucho miedo. Nos juntamos. Los que fuimos. No te preocupes. No pasa nada. Eso decían. Hubo una temporada como que se calmó la cosa. Me fui tranquilizando. Acomodé recuerdos. Me llené de canas. Cambié los anteojos un par de veces. Hice cursos. Me vino la diabetes. Ahora salgo a caminar. Me cuido con la comida. Veo los partidos por la tele. Un transcurrir vivo. Eso debe ser. Si te dejás estar, fuiste. Una noche del 98 veo el noticiero. Detienen a cinco de mis compañeros del D2. Crímenes de lesa humanidad. Torturas. Los llevan a la cárcel. Cadena perpetua podría tocarles. Tiemblo. Eso no es todo. El periodista informa. Hay una lista que se dará a conocer. Con el resto de los imputados. Todos con pedido de captura. De la misma dependencia.

Me voy a sentar un minuto. Antes busco en la heladera. Algo para tomar. Tengo la boca seca. Quedate piola vieja. No te muevas tanto. Me estás haciendo poner nervioso. Y cuando yo me pongo nervioso soy jodido. No me hagas engranar. Hacelo por vos. A mí no me cuesta nada. Te enrolló un trapo en el cogote. Y te olvidás de respirar. La vieja miraba. Con furia. Me causó gracia. Rebeldona había sido. Saco una botella con jugo. Hay fiambre. Salame y queso. Parece del

bueno. En el suelo una damajuana de vino tinto. Mirala vos a la vieja. Los gustos que se da. Saco el paquete. Busco pan. En el cajón del aparador hay. Saco una varilla. La parto al medio. Armo un sánguche. Está muy bueno. Así dan ganas de que te atiendan. Si hasta dan ganas de quedarse. Podrías habernos invitado alguna vez. Digo. A mí. A los chicos del parquecito. Tenés mayonesa. Cómo no dijiste. También tomate. Preparo otro sánguche. Completito éste. Saboreo cada bocado. Tomo y mastico. Me falta el postre, vieja. Reviso. En la alacena hay un alfajor de maicena. Gracias vieja. Pensaste en todo. Cena y postre para Pepucho. Quedate tranqui. No va a ser la última vez que te visite. Un auto andaba cerca. No se iba. Se escuchaba música. Algunos que andaban de joda. Deben ser el Ñoqui, el Pigu y el Guille. Deben estar en pedo. De caravana. Y fumados. Voy a esperar un rato. No quiero que me vean por acá. No se van. No se van. Me tengo que ir. Cuanto antes. Deben estar estacionados justo atrás. Chupando. Ojalá se vayan. Putos. Se me ocurre algo. Lo llamo al Ñoqui por el celu. Lo invito a tomar una birra. Ahora mismo. En la ruta. En lo del tuerto González. Eso mismo. Saco el celu. Está en los contactos. Marco. Hola Ñoqui. Toy con unos guasos. Tomando unas birras en lo del Tuerto. Algo más hay. Venite. Dónde andás. Ando por el barrio. Con el Pigu y el Toti. Ya vamos. Guardá. No te fumés todo guacho. Ya está. Mordieron. Se van. El auto arranca. Sale al mango. Los limpié. Que buena idea. Ahora tengo que salir. Ya me voy vieja. No quiero que el diablo haga lo suyo. Antes de irme. Agarro una olla. La lleno de agua. Echo media botella

de lavandina. Tomo una rejilla. La embebo. La refriego por la ventana. Por la mesa, la heladera, las sillas. Por la cómoda, el cofre de la suerte y hasta por el colchón. Quiero borrar mis huellas. Ya está. Ahora sí. Me rajo.

Tenemos que irnos Luisa. Cuanto antes. Ya escuchaste. Se vino la vendetta. No quiero ir en cana con una perpetua. Tengo que desaparecer. Podemos hacer así. Nos vamos a Deán Funes. A la casa de tu hermana. La que tiene desocupada. Como vos digas viejo. Si eso es lo mejor. ¿Y los chicos? Los chicos ya están grandes. Quedarán acá. En Córdoba. Mirá cómo son las cosas. Al final nos arruinaron la vida. Hijos de puta. Culpa de los milicos. Inútiles de mierda. Por ellos pasa esto. Por no haber hecho el trabajo bien.

Haremos así. Nos vamos. Estaremos en la casa. Yo me haré ver unos días. En ese lapso me relacionaré con los vecinos. Como pueda. Aunque sea mínimo el contacto. Me haré ver por todos lados. Contaré que estoy enfermo. Muy enfermo. Que viajaré a Buenos Aires para hacerme una operación. Muy delicada y riesgosa. Del corazón. Qué te parece. Si, pero después viejo. Después qué pasa. Pasará así. En realidad yo no me iré. Me quedaré en esta casa. Oculto. Sin que nadie me vea. Vos Luisa harás lo tuyo. Comentar. Hacer correr la versión que te dije. Por todos lados. Que vino mi hermano a buscarme. Que me llevó en su auto a Buenos Aires. Que vos no fuiste por tus problemas de presión. Que tu médico te lo prohibió. Pasado un mes dirás que salió mal la operación. No resistí. Que me morí. Vos dirás eso. Que

allá me sepultaron. Provisoriamente. Porque no tenés plata para el traslado y el sepelio. Con el certificado de defunción no habrá problema. Lo hará Mariano, un viejo conocido. Con eso y con mi documento harás los trámites necesarios. En las tarjetas, en la Caja de Jubilaciones y en el seguro, ese que hice por la mutual.

Es preferible estar en casa. Así. En estas condiciones. Qué le voy a hacer. Peor es la cárcel. Arreglamos todo. A la semana siguiente ya estábamos en nuestra casa. La nueva, la de Deán Funes. Llegamos con la mudanza un sábado. Los días siguientes fueron tal como lo planeamos. Las compras las hacía yo. Me anoté en el centro de jubilados. También me hice socio del Atlético. Hasta conseguí un par de amigos. Un mes después desaparecí. Todos creyeron lo de mi viaje. Lo de la operación. Lo de mi muerte. Hasta pésames recibió Luisa. Una misa por mi descanso eterno.

Te voy a denunciar hijo de puta. Mirá lo que me has hecho. Me golpeaste. Me robaste. A una vieja. Vecina tuya. Yo conozco a tu papá y a tu mamá. Son gente buena, trabajadora. Tu papá debe estar saliendo para ir a lomear a la panadería. Vos deberías estar con él. Acompañándolo, aprendiendo el oficio. Y tu mamá, la Carina. Pobre mujer. Rompiéndose el lomo en la verdulería. De lunes a lunes. Todo el día. No me explico cómo les puede salir un hijo delincuente. Te voy a hacer meter preso. Esto es muy grave. Hijo de puta. Que te pasa vieja de mierda. Callate la boca. No escuchaste lo que dije. No tenés miedo. Te hacés la brígida. Te voy a hacer

bosta. Te voy a matar como un perro. Me llené de rabia. Hice dos pasos largos. Hasta el bajomesada. Abrí el cajón. Saqué un cuchillo. El tramontina. Sólo para asustarla. Para que se callara. Pero se me nubló el pensamiento. Estaba loco. Me sentía capaz de todo. Lo haría. Se lo merecía. Quién mierda se creía para decirme todo eso. Me arrodillé. La agarré de los pelos. Empuñé fuerte. La miré con bronca. Acerqué el cuchillo a su cuello. Tomé valor. Y ahí fue. La puñalada se incrustó de golpe. Brutal. Mi espalda crujió. Como si un azote la hubiera castigado. De repente. Como un rayo. Me quedé sin aliento. Sentí un ardor en mis pulmones. Un ardor insoportable. Fuego que corría por entre las tripas. La sangre salió caliente. Vómito brillante. Rojo rojo. Mi respiración se quedó sin aire. Mis ojos se pusieron fríos. Duros como piedras. Caí boca abajo. Se encendió la luz. Una mano me dio vuelta. Me miró a la cara. Don Atilio, el muerto. Su voz grave dijo "Vos sos como los otros. Traicionero, cagón, hijo de puta. Pedile perdón a Doña Luisa. Dale. Se te acaba el tiempo. Dale". Me ganó el sueño. Lo último que vi fue al viejo poner el cuchillo sobre mi garganta. El filo estaba helado.

Hay que limpiar todo vieja. Nadie sabe que este infeliz estuvo aquí.

Guardá la plata. Las alhajas. Acomodá los santitos y prendé las velas. Vamos a rezar un Padrenuestro. Agradecer por su cuidado.

La ropa del hijo de puta la ponemos en la bolsa de consorcio. A las siete pasa el basurero.

Los chanchos se encargarán de lo demás.

Adele

Adele y su bufanda verde compartían el frío de aquel fin de madrugada. Debajo del tapado, Adelaine tiritaba huérfana de abrigo.

La fantasía de su nombre, un recuerdo tierno de su muñeca de la infancia.

Al fin y al cabo, una prostituta necesita de disfraces documentales como lo manda el ejercicio de la profesión.

Caminó hacia el parque y buscó el costado de la fuente. Se sentó a la espera de la cita cotidiana viendo como su noche moría lentamente.

Una fresca cicatriz en uno de sus brazos, un violáceo testimonio en la mejilla y el horror del filo del cuchillo la habían puesto de rodillas esa noche.

Buscó en su cartera y un puñado de vacío quedó entre sus dedos.

El último cliente le había arrebatado a golpes unos pocos pesos ganados a costa del asco. Supo que no habría forma de explicarlo y que resultaría fatal esta vez. Se lo había anunciado ya.

Levantó la vista apenas y una sombra se detuvo enfrente. Desde lo alto, el reloj del campanario daba las 4 como un presagio.

El miedo le abordó la piel ; una brújula de espanto le indicó el destino.

Tomó el revólver que llevaba en el bolsillo y lo apoyó en el vientre de su visita oscura.

Esta otra Adele, se llamaba así por Adelaida, su abuela vieja.

Detuvo el auto y miró por el espejo. Era el momento acostumbrado en que inauguraba cada noche; en alrededores los gatos coronaban medianeras.

Se quitó los lentes, la corbata y la camisa. También el pantalón, el cinturón y los zapatos. Abrió la guantera y escondió su documento.

La luz interior, delineaba piernas de cerámica que culminaban cuerpo arriba en una incierta encrucijada.

Aquella que una escueta bombacha roja sugería con lujuria. Acarició sus pechos y dos pezones se erizaron de sensualidad.

Una blusa transparente moldeaba su cintura y unos muslos bien redondos; una espalda heredada de la Venus la coronaban definitivamente femenina.

En su rostro, la barba ni siquiera podía ser una sospecha.

Alrededor de los párpados, reflejos de lilas y dorados devoraban al Ricardo que había escondido en la guantera.

Una última brisa de perfume llovió sobre su cuello.

Abrió la puerta y sus tacos anclaron puntas sobre el asfalto.

A poco de cruzar, el parque le tendía una senda para estar a tiempo en la cita con Adele, su tocaya, que la esperaba como cada noche al fin de madrugada para entregarle su dinero.

Se encontraron a un costado de la fuente.

El aire se arrojó con un halo de tragedia. Lo supieron

los gatos que descendieron de las medianeras y también las lechuzas del campanario que escondieron sus cabezas..

Todo ocurrió de repente. Adele, la de Adelaine, tiró del gatillo y un estallido atroz retumbó en el cascarón ciego de la noche.

La muerte vomitó su bala y una chispa de dolor atravesó la blusa .

Una hormiga de fuego soltó amarras y tejió un inmenso nido entre las tripas.

Un sabor a pólvora inundó su paladar y el rencor descansaba ya en la simiente de sus ojos.

Adele - la de los pezones erizados - había exigido “su dinero” .

No alcanzó a ver su sombra y la de Ricardo estrellarse moribundas contra el suelo.

Cayó despojada de sus brillos y de un hálito de vida.

Sin testigos y con un perro indiferente el episodio concluyó sin más.

La puta Adele se puso de pie y orbitó sus labios con la lengua.

Recordó con ternura a su muñeca y la abrazó de mentirita.

Antes de irse dejó una moneda en el pozo de la mano de su proxeneta.

La deuda quedó saldada.

Jesús por tres

Lo buscaba la Interpol. Cada día se le hacía más difícil eludir los controles migratorios , las redadas policiales y más aún las pesquisas de la Inteligencia criminal.

Su nombre era hartamente conocido en los archivos del delito. Su rostro, un enigma.

Las siglas “JDLS” caratulaba su prontuario.

Disponía de una vasta cantidad de recursos para transformar su fisonomía.

Las circunstancias y su talento lo llevarían a encontrar una rápida solución al problema. No había tiempo que perder. Obró rápidamente.

Sus contactos con el hampa acudieron en su auxilio entregándole a buen precio el equipamiento necesario. Muchos quizá tendrían que buscar también su ayuda alguna vez.

Instaló en su cuarto de pensión un moderno equipo de trabajo.

Hoy mismo comenzaría con su labor: falsificar identidades.

El mercado era amplio y bueno. Unos cuantos pagarían buena plata para tener un nuevo documento.

Narcotraficantes, ladrones con pedido de captura, inmigrantes ilegales, prófugos de la Justicia, estafadores y un sinnúmero de necesitados serían parte de su paquete de negocios.

El trabajo traía de regalo un condimento por todos ignorado.

La fotografía la aportaría el cliente. El nombre, él. Con datos completos.: Jesús de los Santos..

En pocas horas, circularía una cantidad insospechada de homónimos, pero con facciones particularmente diferentes. Un ejército mutante con su nombre y apellido. La misma persona en diferentes lugares y al mismo tiempo.

Todos con alguna explicación que dar. Como él.

El camuflaje resultó. Vendió su nombre y lo repartió como el pan de la cena del final. Sus apóstoles se encargarían de anonimarlo.

Se sentó en un sillón. Alguien tocó a su puerta.

En un edificio cercano, un hombre ensaya un discurso frente al espejo.

Se lo puede ver desde la calle .

Acomoda sus ademanes, intenta perfección en las posturas, recita con urgencia un libreto que no le pertenece.

La Palabra es su herramienta de trabajo y la afila con delicadeza. Pronto estará en su lengua para cortar los silencios y las dudas.

El ensayo da comienzo.

Cierra su puño y se enerva. Ruge señalando con el dedo de apuntar el techo de la habitación. Pregunta y se contesta.

¡Tiene que sacudir conciencias !, de otra forma no habrá provecho. El público tal vez pueda preguntar. No puede haber fisuras en lo que tiene que decir.! Es preciso convencer!.

Las respuestas las tiene a su costado: precisas, quirúrgicas, fatales.

Toma un libro tapas duras, con impresión dorada y negra. Lee unos versos señalados con unas cintas de colores.

Aúlla con una exhalación de pecho :! Tú, pecador, escucha de una vez al Rey de la Creación! ¡A ti te hablo!... el Señor te llama para que recapacites...encauza tu vida miserable! ¡ entrégate a Él ¡Apúrate! El tiempo corre y el fin se acerca!. ¿No escuchan acaso las trompetas de los ángeles, el tronar del azote del castigo?

Se da un descanso...toma un trago de agua y seca su sudor. La camisa exuda babas hediondas bajo sus axilas.

Se dirige a un estante y toma una caja con botellas. Todas están vacías. Las coloca sobre la mesa y vierte en su boca abierta como pez agua de la canilla. Medo litro exacto. Tapa con un corcho y pone una etiqueta :” Agua bendita JDLS “ marca registrada.

Las coloca en una caja de docena. Así se le va la tarde hasta completar diez iguales.

Queda poco tiempo para ir al templo. Guarda en su bolso negro una resma de estampitas. Se cambia la camisa. La de ahora es blanca. La estrangula con una corbata también blanca, al igual que el pantalón.

Los zapatos son de un color lechoso.

Sale a la vereda con su cargamento. Una camioneta de alquiler lo espera.

El camino hacia su destino es corto.

En la puerta, una centena de personas se le abalanzan.

Quieren tocar sus manos, recibir su bendición. Comprar sus productos para congraciarse con el “ Señor “.

Y el “Señor” manda.! ¡ Llévense el agua de la salvación!..!
La cadenita con el poder del Cielo!! Alejen el demonio de sus vidas!

El Pastor ordena ¡repitan conmigo el “Señor es Grande! El “Señor es mi guía”...!Pasen hermanos, pasen! ¡Déjen su limosna para Él!!Tal vez mañana sea tarde para el arrepentimiento!

La noche concluye y nadie queda ante su presencia. La mercadería se ha vendido toda. Retira la bolsa con los aportes y cuenta. Una sonrisa lo hace mirar al cielo, el lugar donde él cuenta que está el Señor. “Su” Señor.

El Señor tiene nombre y apellido:” Jesús de los Santos “
¡Ese nombre identifica su producto!.

En un bar frente a la estación de trenes, un hombre sentado a una mesa, observa.

Entre muchas, a una persona vestida todo de blanco calzada sobre unos zapatos de color lechoso que carga una caja grande en un vehículo. Una cruz plateada cuelga de su cuello.

Revisa todos sus movimientos. Abre su agenda y da por cierta una anotación. Pide un café y una medialuna. Mira su reloj. Palpa su pecho del lado izquierdo. Allí está, con su tambor aún tibio. Se tranquiliza.

Deja cien pesos debajo del pocillo y desaparece.

Toma un taxi. En el camino hacia su destino, el tránsito

se detiene. Varios patrulleros están parados al ingreso de una casona de pensión. Unos agentes de overol blanco retiran una camilla. Sobre ella una bolsa negra con un bulto. Es un muerto. Tiene unas iniciales que lo identifican. " JDLS " .Es él, confirma.

Desciende del vehículo. Camina despaciosamente. Tres cuadras por Sarmiento, una por Santa Fé, otras dos por Uruguay y Tucumán al fin.

Se apoya contra un fresno y allí espera. Otra vez mira su reloj. Revisa su libreta: " Tucumán 268 -Templo Evangélico de los Últimos Días" .Aquí es, confirma. Vuelve a palpar debajo de su campera.

Transcurre media hora. Se abren las puertas y los concurrentes se retiran despaciosamente. Muchos con botellas con algo transparente en su interior.

Al cabo de unos minutos el recinto está vacío. Se acerca hasta el ingreso y mira hacia adentro.

A un costado del altar el hombre de blanco requisita una bolsa y saca dinero de su interior. Acomoda los billetes sobre el mantel bordado. Las monedas van a parar a un tarro.

Finalmente guarda todo en un bolso de color negro. Sopla las velas, toma lo que queda de una copa y apaga la luz. Todo está a oscuras. Sólo es posible ver una silueta clara que se acerca a la salida. Distingue unos zapatos de color lechoso que le llaman la atención.

El hombre que lo espera, lleva su mano por debajo de sus vestiduras.

Pregunta: Jesús de los Santos... ¿ usted es su representante?

- Si señor soy yo, ¿que necesita?

Saca el arma y dispara. La bala le parte el cráneo en mil pedazos.

Lejos de allí, Guillermo Elías Franco, toma su teléfono y abre una llamada. Dice: "trabajo concluido" y corta. Camina en círculo por un largo rato. Luego ingresa a un cajero a revisar su cuenta. El depósito está hecho por comisiones del oficio. Es hora de salir de aquí, se recomienda y cruza la plaza hacia las sombras.

Todos lo conocen por su apodo: "Jesús de los Santos". Con esas palabras encomienda sus víctimas a la providencia antes de jalar el gatillo.

Los dos encargues fueron ya cumplimentados. Demasiado fácil esta vez.

Jesús de los Santos "JDLS", el vendedor de identidades, tuvo lo suyo al abrir la puerta de su cuarto de pensión.

El pastor, por nombrar a su producto con el homónimo de aquel hijo de un dios con barba.

JDLS, podría ser el nombre de un libro para contar esta historia. Su comienzo diría: Tres hombres cargando con un nombre que compraron... y su final: El destino sabe quien le pagó al sicario.

Los sapos ahora saltan

El león observa desde el rincón. Mirada torva. Melena calva. La escena es cercana y hasta parece cruel. Su entramado simula un sueño. Más bien un juego. Todo es desorden. Sólo basta ver cada detalle. Un pedazo de árbol cobija la mitad de un nido. Un pichón gris abre su pico al cielo. Una nube le arrebató las alas a su madre. El vuelo es un dibujo aún pendiente. Una vecindad de sapos espera recibir sus patas. Una pareja de venados busca sus perdidas aspas. Una aburrida araña muestra su peluda panza. No hay pistas firmes. Nada que pueda señalar un camino cierto. Aquí mismo, una espada partida en dos reptó por el suelo.

Empuñadura de oro, hoja de verdura. Hay pasos ocres en la arena. Llevan a la costa de un río.

En su orilla trunca emerge un hombre. Semeja un pez. Abre su boca enorme. Un gesto extraño le hace brillar un ojo. Sus piernas están ausentes. Sonríe. Con una mano trata de tomar algo.

Un camino de vacío se lo impide. Luce un anillo incompleto. Parece luna creciente. Aparecen unas pocas señales vagas. El silencio zumba. El aire disimula su gordura. Cada cosa cambia según su tiempo. Los colores sólo suman confusión. Son parte del misterio. Se escucha un reloj batir su lucha. Desde la ventana el sol espeja rayos en el piso. Un bigote enorme enlaza un pulpo manco. Aparece un soplido blanco demorando el viento. El águila mira al león.

Prepara su flecha. Hay obstáculos que se interponen al disparo. El oso mitad negro, mitad nada es un testigo. La miel que ansía es hurtada por una abeja enorme. Las orejas del mono se rozan con una orquídea. Diez hormigas negras recorren las parcelas. De pronto, el temblor sacude.

Todo el escenario se disloca. El caos troca de repente. Hay viajes, migraciones. Se anuncian en concreto nuevas compañías. Un orden necesario va trayendo integridad. Compone figuras entendibles. Por fin la calma llega, la incertidumbre se declara en piedra libre. El león continúa quieto. Su corona brilla sobre el ceño. Los sapos ahora saltan y la gaviota puede alimentar a su pichón. El hombre ha dejado de ser pez y su anillo está redondo. El águila desistió de matar al león y el oso fue definitivamente negro.

La mano del niño toma la nariz del avión. La coloca en el comienzo de su fuselaje. El rompecabezas, por fin, está completo.

Soy el muerto

-La venganza es un plato que se disfruta frío-

Tomó el arma y disparó. Lo supe de inmediato. Sentí un golpe seco en el centro de mi cuerpo. Un quebranto de costillas. Fichas de dominó que se desploman. Después escuché el trueno. Y un ardor de tripas. Un dulzor extraño me abrazó al fin.

Morí. Por primera vez.

Pude ver su rostro. Su indiferencia ante mi muerte. Hasta fue capaz de sonreír.

Él se fue por su camino. Yo por el mío.

En ese mismo instante, juré vengarme.

Imaginé un camino de hormigas negras. Emisarias de un sufrimiento interminable.

Él llegó a la casa. Una mujer lo esperaba con un beso y una carta. La dejó a un costado y continuó con su rutina. Se quitó el pulóver. Se tiró sobre el sillón y encendió el televisor. Pensó en su arma. Se tranquilizó. Estaba segura en el entrepiso de su auto. Las noticias lo contaban. El crimen se había consumado.

La policía y los peritos quieren saber. Quién. Por qué.

La mujer del muerto se puso el tapado gris, también los anteojos negros. Tomó un taxi. En el velatorio la esperaban condolencias. Escena de cajón cerrado. Tal fue su voluntad.

Los noticiosos hablaban de un testigo.

Su humor cambió rotundamente. !No había nadie en el lugar!.

Dijeron que había en el suceso algo muy extraño. La prensa repetía la versión.

El muerto era otro.

Debía ser el que esa noche había asesinado. ¡Tenía que serlo!. Pero decían que no. Documentos e identidad no eran compatibles. Las huellas digitales lo certificaban.

Se levantó como si un resorte lo expulsara del sillón. Se encaminó hacia la puerta. Atinó a buscar su pistola. Sin saber bien para qué. Advirtió la presencia humana de la carta. La tomó y rompió el sobre. Sacó el papel. Alguien le juraba “La venganza es un plato que se disfruta frío”.

Se estremeció. Se sintió desnudo. Sospechar el rictus de su cara me causó una gran satisfacción.

La valentía del crimen era, ahora, una exacta pintura del terror.

La viuda, recién llegada del sepelio se acercó y quedó inmóvil. Empalideció de miedo.

Comenzaba la vigilia. El insomnio izó la desazón. La mañana llegó ojerosa.

Llegó una nueva carta. Con igual sentencia. Cada día, otra. Otra.

Mi asesino se mudó de casa. Para no recibir nunca más esta amenaza.

Averigüé la dirección donde vivía. Para que las cartas le llegaran. Quise más aún. Comencé a enviarle correspondencia diaria a su trabajo. A pintar grafitis. A colgar pasacalles con su nombre y apellido, con la sentencia de venganza. En el barrio, en sus lugares y hasta en su Ranger recién comprada.

Su miedo me placía. El de su mujer más aún.

Se fue de la ciudad. Lo seguí. Averiguar fue cosa fácil.
Cuestión de seguir pasos cercanos.

Amplí mi propuesta de martirio. Invadí sus cuentas en las redes. No dejé nada sin hacer.

Imaginaba sus noches. El aturdimiento del amor entre las sábanas. La incertidumbre que no acaba. Estaban pagando por mi muerte. Con las tuyas. Cotidianas, desesperadas.

Pasó el tiempo. Decidí poner fin al juego. Abatir su agonía en el laberinto.

Ese mediodía esperé que llegara a su nueva casa.

Toqué el timbre Mi viuda abrió la puerta.

Hola. Soy el muerto. Como estás.

Su rostro fue el espanto. No pudo abrir la boca.

¡Quién es! Escuché preguntar a mi asesino. El cobrador, respondí. Se acercó. Le apoyé el cañón de mi Browning en la frente. ¡De rodillas ¡, ordené. Presas del terror, cumplieron.

Es hora de contar les dije. Lo de mi muerte. La primera. Quiero que tengan en el viaje algo de qué hablar. Y no se vayan con la idea de que soy un tipo malo.

Sólo escuchen. Temblaba “La venganza es un plato que se disfruta frío”.n juntos. Mi gozo era por demás desmesurado. Mi puño apretaba la pistola. Puse ante sus ojos el cañón presto a parir la bala.

Así fue. Aquella noche yo tenía una cita con un vendedor de autos. Iba a cambiar el mío. Nos encontramos en el lugar fijado. Arreglamos condiciones. Le entregué mis documentos para que hiciera unas fotocopias en la librería de la cuadra

siguiente. Salió con ese fin. Advertí un error en la papelería. Me levanté y procuré alcanzarlo. Vi que a unos cincuenta metros, el vendedor se detuvo. Un hombre con un arma lo llamó por mi nombre. No esperó respuesta. Le disparó .

Sentí el impacto. Aquí .Me señalé el pecho.

A unos pasos, una mujer lo acompañaba. No quiso ver al muerto.

No tuviste valor, Lorena.

Lo vi todo. Oculto en la entrada de una cochera.

El verdadero nombre del infortunado no se dio a conocer por “secreto de sumario “.

Desde aquel instante procuré el tormento. Recordé lo que había consignado en mi primera carta: La venganza es un plato que se disfruta frío.

Inicié el ritual.

Saqué la cuchara. La llevaba en el bolsillo envuelta en una servilleta de papel. Toqué con la punta de mi lengua su hondo lecho.

Estaba fría. Es hora de tomar la sopa, dije. Sonreí. Esperé un minuto. El último de placer. Les apunté a los ojos. Ambos comenzaron a llorar. Como chicuelos asustados. Como imbéciles en desgracia.

Me acerqué aún más. Grité ¡Blummm! con mi garganta de elefante. Un escalofrío los electrizó. Se hizo el silencio.

Apoyé la cuchara sobre la mesa. También mi pistola de juguete.

Les di la espalda .Y dije adiós.

No hay nada más desagradable que tomar un caldo frío.

Setiembre

-La noche del duraznero-

La sombra de un joven duraznero se extiende redonda sobre la callejuela; otras más robustas estampan sus manchas sobre el suelo.

Más allá de esta presencia extraña, la noche deja ver angostos pasadizos en donde la brisa trastabilla silenciosamente.

El abandono alienta rumores de quejosas puertas que reniegan de sus quicios.

En esta ciudad tan particular el paisaje es un perfecto diagrama de batalla naval: casilleros y cruces que abrazan en sus balcones flores vacías de perfumes. Babilonia plástica.

Sus inquilinos no tienen más remedio que aceptar en silencio la cara o ceca de la suerte; la ubicación asignada es definitiva.

La música que la noche suele traer desde algún confín tiene un acotado pentagrama de silbidos. En esa realidad los colores vibran en un arco iris que luce gris hasta la madrugada.

Así transcurre la certidumbre de las negaciones en el lugar.

Me consuela residir en una parcela que compré cuando podía exhibir mi documento.

Un terrenito de dos por uno, sin patio ni cochera. A un

metro ochenta por debajo del nivel de tierra.

He podido saber que más arriba del lugar de mi descanso una inscripción denuncia mi nombre y mi apellido; también la fecha en que accedí a este inquilinato. Para mi desgracia, ese pedazo de lata es sólo un manchón de herrumbre...

El tiempo aquí es un bien desconocido; los verbos se conjugan en pasado: no hay relojes, calendarios ni esperanzas. Tampoco reuniones de consorcio.

He aprendido, por enseñanzas de la abulia, que el cementerio es un mal lugar para quedarse hasta la nada.

Pero no todo es del todo tan terrible. Alguien permite una regalía para apaciguar la monotonía: a cada uno le concede una especial.

A mí me tocó soñar un sueño...siempre el mismo. Copia fiel cada versión.

Comenzada la función aparece el resplandor de una enorme luna roja. Desde su lejura va abriendo, uno por uno, los capullos blancos de las flores de los durazneros; por eso intuyo que es setiembre para los que cuentan los días y las horas. Después naufraga lentamente detrás de un horizonte que se traza dentro de mis ojos.

Lo he soñado tantas veces que al final decidí esperar sin apuros esa noche de setiembre en que la luna despierte aquellas flores.

Pasado el invierno advertí en sus ramas un brillo nuevo, una tersura blanda, un gesto de espera por finalizar...

He llegado a pensar muchas veces que mi compañero, el

duraznero, tal vez sea una metáfora palpable de dos destinos incapaces de escapar del cautiverio.

Al fin, una madrugada, la luna nueva asomó entre los ángeles de piedra y las techumbres con tejuelas. Un estallido de plata anidó en el centro de la noche.

Setiembre estaba vivo.

Desde un altillo una lechuza vigilaba muy atenta.

En ese instante el universo se detuvo, la galaxia enmudeció su espiral de leche y una música de capullos que se abren sonó entre las ramas del duraznero.

Cada pétalo blanco construyó su flor y el árbol se vistió de diminutas lunas, como si aquella le hubiera regalado alguna de sus lluvias.

Maravillosamente, mientras cada flor exponía sus pistilos a la negrura de la noche, los recuerdos sepultados también se abrían a mi conciencia, igual que aquellas.

Nítidos, flamantes, fueron ocupando el escenario de mis evocaciones.

El temor a que todo terminara de repente me apresuró a ensayar un disfrute del pasado ahora vivo, de indagar sobre mi ser y mis afectos, mis pasiones, mis amigos, aquellos perfumes de la infancia, la urdimbre adolescente de los sueños por hacer, los dolores implacables de las piedras del destino...

El tiempo que no existe en este tiempo, como en el sueño permitido, tomó del cielo aquella imagen y la sumergió en un ojo de agua, al que todos conocen como olvido.

Las flores cerraron sus corolas y se apagaron mis recuerdos.

Volví a ser el penitente muerto que siempre rondará estas callejuelas sin dejar pasos en la arena.

Esperaré soñar el mismo sueño.

Y que una noche de setiembre, otra vez, se abran los capullos.

Pastor

La calle estuvo siempre. El progreso que recién llegaba cambió sus dientes de tierra por una prótesis de piedra. Y Belgrano la nombraron.

Por estos días, a tan sólo un par de pasos y por esas cosas de los metros y las varas, su cintura le juega una gambeta a la “Pedro” que la mira de reojo. En el encuentro con la casa de Luisito la muerte le dispara. Es su final. Vida corta si las hubiera por contar.

En sus veredas, unos cuantos olmos ofrecen sus laderas para que los perros las orinen.

La Belgrano es un callejón donde el vendaval ensaya desde siempre sus carreras. Una puñalada donde los vientos dirimen posesiones, un territorio donde la siesta enciende la alegría de los niños.

Tiene un dueño: Pastor se llama.

Pastor es hombre de nariz exagerada, semblante magro, de espalda curva y costillas evidentes. Un retrato de soltería a quien el tiempo convirtió en devoto de la soledad.

Pastor atraviesa sus días deshojando aromas de un tiempo seco y juntando almanaques con el mar como paisaje.

Es abril y el sol se incrusta sobre la ventana. Ya deben ser como las diez de la mañana.

Se levanta y enciende la hornalla de la cocina.

Se calza la camisa vieja, la celeste lavilista, ajusta el

pantalón y se embarca en sus mocasines de color marrón. Se para frente al espejo y se da por persona conocida. Levanta su mano izquierda empuñando un peine con el que encamina un mechón blanco. Luego la espuma de jabón le ablanda el cuero de la barba.

El café hierve en la cafetera, lo dice la tapa haciendo sonar su castañuela. Las galletas secas esperan dentro del paquete. Desayuna con un lánguido pensar. Revuelve y revuelve con la cucharita en tanto sus ojos se hunden en el espiral negro dentro de la taza...Es su forma de saltar hacia esa nada que para él lo es todo.

Prepara su día. Se apresta a ensayar, otra vez, el ritual de su cartografía cotidiana.

Atraviesa la puerta de su casa y el primer paso lo convierte en peregrino. Las cuadras de su barrio de Las Flores lo esperan como al soldado que vuelve de la guerra.

Al frente, "La Marquesa" rocía fragancias de pan caliente; más allá, el parque de la esquina acerca el cielo en el vuelo de sus hamacas.

El tala enorme lo espía desde el baldío, más allá el cañaveral agita sus espigas leves.

Ya es otoño. La muleta de Lucho, el zapatero, se levanta para saludar. Pastor hace como que no ve.

En la ribera del ferrocarril extingue su derrotero hacia el Poniente. Con el sol arriba regresa por el callejón de doña Reina. Mira la jaula de los pájaros y esquiva un pozo que se cruza por delante. Escucha una tuba que sacude su voz grave

en el patio de don Flaco. Hay que regresar, así lo marca la costumbre.

Unos pasos apurados lo dejan otra vez frente a su casa. El mediodía entra con él a la húmeda trastienda de su cautiverio.

El día va pasando a su costado. Pastor es un pescador desilusionado; no imagina sacar peces de las horas.

La oscuridad extiende sus brazos. La ceguera es, por estas horas solamente, un estado proletario.

Las diez... murmura mirando el reloj de la pared. Su gato Ovidio lo adivina y le lame el tobillo con su lengua de ladrillo.

Toma veinte hojas nuevas de un cuaderno y las guarda en un sobre oficio.

Va a cumplir con el trámite de siempre. El que espera realizar como un encargo.

Se pone la campera gris de corderoy y sale.

Abre el baúl de su calle. Imagina su ¡Abracadabra! y el mago que lo habita comienza la función.

Camina. Toma una hoja en blanco. Una gota de perfume la bautiza. Arquea su cuerpo y con su mano de hueso la despide por debajo de una puerta.

Detrás de una verja un perro ladra con ganas de morder. No hay forma de llegar al próximo destino, pero dejará su cometido de cualquier modo. Toma la caja de chinches y sobre el tronco del árbol deja clavado un mensaje que lleva sobre su lomo una gota de perfume.

María, la del almacén, espera su carta de agua. La próxima, la que algo diga con palabras.

No hay gente caminando por el barrio. Ni viento que se cruce. Pastor sigue con su empresa de repartir casa por casa sus hojas blancas... esas que dicen sin decir.

El trabajo de esa noche concluye igual que todas; el sobre está vacío. Ya todas fueron entregadas y se hace hora de volver.

Pastor calienta la sopa. Hace trocitos con el pan y los embebe en su caldo. Un vaso de agua completa la cena.

Es momento de cerrar las ventanas y las ilusiones de este día moribundo.

Toma la llave que se incrusta en la cerradura de la puerta. Le da dos vueltas.

Se quita los zapatos y la ropa. Reza un Padrenuestro. Cierra los ojos y la vigilia se derrumba.

En el sueño llueve y una marcha de soldados enarbola un arcoíris. Una guillotina corta unos zapallos colorados. Una bailarina conduce una locomotora. Un punto ciego descubre su vientre de planetas. Todo ocurre detrás de su respiración.

En la mitad de la madrugada, una mujer hermosa deja un papel blanco debajo de su puerta y le canta desde lejos una canción extraña y bella. Su melodía cuenta una antigua historia de mar...el romance de sus aguas y sus orillas, el frenesí de las olas y su espuma, el misterio de la luna y las mareas.

Ovidio le gruñe con sus garras al fantasma.

Pastor toma la carta en el mundo de sus sueños. Lee su letra transparente. Puede ver lo que la mujer le canta en ese idilio de aquel mar con sus riberas.

El sueño se interrumpe de repente. El gato guarda sus orejas debajo de la cama.

La mujer pone entre las manos de Pastor un obsequio de despedida: Un reloj de arena sin mar y sin ningún tiempo.

El Banco desde el banco

Agosto está llamando los brotes de los fresnos en la plaza del pueblo.

Aún no ha amanecido y entre las siluetas de los árboles desnudos, insomne y solitario, Doroteo Pereyra revisa como un ritual cotidiano, su memoria de viejo detective jubilado. Lo entenece ver la agonía de hojas a merced del viento.

Observa cada detalle de las calles desiertas. Por la principal, un par de autos circulan lentamente.

El Gol verde oscuro es conducido por la comisario González. Al llegar frente a la sucursal del Banco Nación aminora la marcha y hace una extraña maniobra para introducirlo en el patio; el otro vehículo es el del contador que también hace lo mismo. Se inquieta a tal punto de poner sus sentidos en alerta.

Desde su lugar, puede ver también a un hombre dentro de la sucursal, a media luz, exactamente detrás de la ventana: es el ordenanza Agustín Otero, un malandrín acomodado por la política, que no quita la vista del reloj de su puño derecho.

Lo ve a través del vidrio.

Este extraño acontecer enciende sospechas de Pereyra por estar ante una situación a contramano de los protocolos de la custodia bancaria.

Nervioso, impaciente, como un mono dentro de su jaula; de pronto Otero muerde un cigarrillo y marca un número en su teléfono celular...

El llamado tiene como destino la guardia de la comisaría del pueblo.

En la comunicación advierte que la jefa de la dependencia, la comisario Susana González ha sido secuestrada y ordena que quien se encuentre a cargo de la guardia deberá seguir estrictamente las directivas que por ese medio recibirá, caso contrario, será ultimada.

Antes de cortar, exige: -Nadie debe enterarse de esta llamada y en menos de cinco minutos debe apersonarse en el Banco el oficial a cargo, desarmado y con las llaves del castillete de seguridad-.

El Sargento Armando Piotti es quien recibe el llamado y varía su incertidumbre entre la gastada de una broma o de un hecho cierto y peligroso.

Presuroso, intenta comunicarse infructuosamente con la comisario: ni su personal ni el teléfono fijo de su casa responden.

Inmediatamente ordena al chofer del patrullero que lo acompañe; en cuestión de minutos arriban al Banco distante dos cuadras.

En su interior, Otero los encañona con un arma y les ordena que con las llaves de la bóveda extraídas del castillete abran su pesada puerta.

En el bunker de vidrios espejados del Banco el contador dice -¡Tranquila mi comisario ¡ ¡ Está todo en marcha!... anoche me dí una vueltita por acá y anulé todas las alarmas... y también el sistema de cámaras -.

-¡Muy bien mi contador!. Ya brindaremos tranquilos,

respondió la oficial a su cómplice y amante.

El tesoro se abre y aparecen ante los ojos iluminados de la pandilla una habitación llena hasta el techo de billetes de colores variopintos, tal como los que cuentan las Mil y una Noches.

Se internan en el angosto pasillo interior y comienza el acopio de los fajos flamantes y aromados. Son algo más de 20 millones los que se acomodan prolijamente en cajas que el contador ha dejado ex profeso separadas.

El plan no muestra fallas y Otero, vaso de whisky en mano, les ofrece un buen trato a los policías: 200 mil pesos para cada uno. A cambio, deberán fingir haber llegado al banco ya una vez perpetrado el atraco y encontrado a él atado y amordazado. También haber puesto en fuga a los ladrones que en su desesperada huída perdieran en el camino un bolso con 300 mil pesos. Para coronar el impecable procedimiento, entregarán íntegramente esta suma, sin faltar un solo billete.

Los policías se miran sellando un acuerdo: la propuesta es por demás apetecible; una cantidad que nunca podrían reunir en toda una vida, tal vez un ascenso por devolver un bolso con tanto dinero y alentar el raudo escape de los cacos que seguramente habrían desaparecido con el faltante del tesoro...

El sargento Piotti pregunta por la comisario.

Otero destroza la tensión del momento con una estruendosa carcajada y le sugiere mirar hacia arriba, en dirección al búnker.

Desde el interior, su jefa, sonriente y relajada, los llama

a tomar un café y afinar detalles con el contador. Entre la euforia y el dinero que ahora le pertenecía ¡ya sueña con vacaciones en playas del Caribe o del Mediterráneo!

Excitados y felices comparten como amigos la estrategia operacional de esta actuación destacada: no todos los días se sorprende a delincuentes dentro de un banco poniéndolos en cobarde fuga y más importante aún lo que se ha logrado: salvar la vida de un humilde sereno y de la rehén; la sociedad los reconocerá y el seguro del banco se hará cargo del faltante.

¡Wonderfúll! dice la González mientras acomoda su sostén que tiende a liberar sus exuberantes prominencias. Sin demora abandona el lugar con tres cajas grandes de cartón; ayudada por su amante las introduce en el baúl de su auto todavía oculto en el fondo del Banco. El contador aproxima su camioneta a una puerta interna y hace lo propio con dos bolsos enormes rellenos de dinero que suavemente deposita en el asiento trasero.

El escenario está listo. Todo marcha sobre ruedas.

Es hora ya de irse y de encauzar el procedimiento.

La dupla de policías asciende al móvil: encienden las balizas y pulsan el botón de la sirena. Raudamente emprenden una persecución imaginaria hacia las afueras del pueblo, llevando consigo las llaves del castillete para reintegrar luego a la dependencia y su parte del botín para ocultar en alguna parte.

Todo ha terminado.

El día comienza a asomar tibiamente en la cima de los pinos de la plaza y la gente luce invisible tras los abrigos y bufandas.

Enterados de lo acontecido llegan preocupados al lugar, ahora por demás iluminado, el gerente del banco, el fiscal, los jefes policiales, los gabinetes de criminalística y la prensa local.

Todos encomian la labor de los efectivos. La comisario González, sobreviviente del atraco y vocera de los sucesos, destaca lo actuado por sus efectivos.

El contador, luego de dejar su auto en casa, arriba a la sucursal presurosamente de a pie, visiblemente consternado.

En su asiento de piedra de la plaza, casi oculto tras la sombra del kiosquito, Doroteo Pereyra lo ha visto todo.

Y lo poco que no ha podido observar con sus propios ojos, lo ha intuido con su olfato de sabueso enriquecido por los años, como los vinos buenos en su tonel añejo.

Ha visto el sereno hablando por teléfono a través de la ventana, nervioso e impaciente y a los policías ingresar al banco por un costado, a la comisario entrar temerosa por una puerta de servicios a la sucursal, una hora antes...Y también al contador con un bulto bajo sus brazos.

¿ A estas horas reunión tan heterogénea?

Curioso y sagaz, subido a un montículo de ladrillos ha visto por el ventiluz de la sala de atención al público la escena completa, incluso el brindis por el éxito del trabajo realizado en el búnker, iluminado con su luz interior.

Todo está en su memoria y en la cámara Kodak que lo acompaña desde siempre como un fiel lazarillo.

No ha visto a nadie más: ningún ladrón, ningún vehículo que no fueran los de la comisario y del contador.

Se aproxima al revuelo de personas y observa: no existe soga ni cordel que haya inmovilizado al sereno, las cámaras tienen el brillo ciego de las miradas muertas, el castillete – seguro por un olvido – todavía permanece abierto; no hay desorden en la fuga, tampoco lesionados ni conductas alteradas.

Como en un final de sainete, Otero mira con inocencia lánguida la escena y el contador rezonga exasperado por las fallas del sistema...

Ahora sólo es cuestión de indagar a los testigos mudos del lugar y discernir.

Doroteo, enciende un cigarrillo, se acerca respetuosamente al magistrado judicial y le dice casi al oído: Dr. Quisiera hablar en privado con Ud.

Volar es maravilloso

Las luces de la escena agitan las lentejuelas.

Bajo un disfraz de pez sirena, Greta ciñe a sus puños unas fajas de gasa elastizada.

El silencio de la tarde de verano transforma el estómago del circo en un retumbar de algarabía, en un temeroso transcurrir de leones; en las afueras de su espalda cóncava, el azul del cielo agita la agonía del ocaso.

En el carajo de su palo mayor, el trapecio espera el turno de soltar amarras y desandar su vaivén acostumbrado; bajo los leves pies de Greta la barra parece dar vida al tiempo exacto de la partida.

En antípodas de prolijas coordenadas que tejen poderosas sogas, los ojos de Leviatán desnudan una prolongada lisonja a la belleza de su compañera.

Los payasos, los tigres y las palomas que luego escapan de la manga del viejo mago se van yendo como las páginas de un cuento.

Al fin llega la hora en que el trance se estira moribundo ante la inminencia de la acción: el presentador señala con su dedo el nido habitado por los trapecistas y un redoblar de tambores empuja a los artistas a acometer su rutina inevitable.

Las Águilas del Rodas entrecruzan las miradas y un espejo de pupilas los confunde: se lanzan al encuentro...un descuido y las manos que resbalan...más abajo la red declara su ausencia con aviso.

El terror instala su inesperado fuero y se parte el asombro entre gritos y silencio. La gravedad resuena como un hospitalario hueco que atrae a su garganta a la trapecista y su apretado traje de luminaria.

Greta desespera guardando en la antesala de sus ojos, la invertida cara de la pista. Un grito ahogado explota desde su vientre perforando la atmósfera como un disparo de escopeta.

La caída pronuncia en su sentencia la proximidad de la tragedia...

Y de pronto en un momento, en un instante, la escena queda inmóvil. Greta pende suspendida en el aire a punto de estrellarse, su gesto adormecido y muerto de expresión, también la gente parece un sinónimo de yeso y ya nada tiene vida.

La magia del circo, con los años, se ha marchado a algún lugar.

Tal vez a algún extraño puerto de nostalgia o quizás a un otoño desperdigado entre las flores...

En el último cuadro de su historieta, el dibujante decide que los trapecistas deben estar exentos de la muerte.

Al don Pirulero

Miro el reloj de fantasía .Son las 10 de la mañana. Las veredas están limpias. Los chismes se han callado. Las viejas han guardado sus escobas de barrer. También las de volar.

La hora me confiesa algo que se guarda. Me toma por sorpresa su secreto. A partir de hoy será mi amiga. Despierto de un sueño de años. Demasiado tiempo ya he perdido.

Abro el galponcito de chapón. Aspiro su perfume a gallinero. Tomo las herramientas y me voy en busca del baldío. Inicial herencia de la vida. Es urgente comenzar a trabajar.

Camino. Mientras tanto, pienso.

No pienso en nada. Si es que se puede no pensar. Siempre se piensa. Aunque no se quiera. Llego. Me detengo.

Estoy en una orilla. La que da al presente. Es extraño. Hay yuyos y un cañaveral. Unos olmos de testigos. Un bosquecito de flores amarillas. De esas que se comen; agrias, como si fueran de limón. Unas urracas parecen reclamar algún derecho. Espantan el silencio con sus gritos.

Hay huellas. De serpientes, de pisadas con tres dedos, cuatro patas, de batir de viento, de agitar alas. Una red indescifrable de zapatos. El almanaque ha quebrado dientes sobre su corteza de pan viejo.

Me acechan las preguntas. Pero desecho las respuestas. Empuño el pico, la pala y un poco de entusiasmo.

Cavaré cimientos. Me sorprendo. Me inquieto. Hay

mucho construido. Lo sabía.

Aunque no del todo bien. Desdén por no querer saber. Por no atreverme a interpretar.

Ahí está. Frente a mí. Hay que hacer el inventario. Quito el lápiz de mi oreja. Mojo su mina con mi lengua.

Detalle: una pared seca. Con gusanos estampados. Con ausentes mariposas. Hay una grieta que la parte. La envuelve una enredadera. Azul sus campanitas. Un vacío como herida. Unos escombros. Cuatro ventanas con sus quicios rotos. Unas ruedas de madera. Un gallo de lata de veleta. Unas hendiduras ojerosas. La cal se ha vuelto oscura.

La pared se hace muralla. Con piedras y durmientes colorados. Se eleva y se deprime.

Una acequia la corta como un tajo. En su cauce un barco de piratas cruza la tormenta.

Más acá, un puente. Cruzan unos granaderos a caballo. Unos pieles rojas huyen de la Caballería. Un tallo levanta su espada derrotada. El verdugo ha quebrado los cimientos.

La sentencia cae. Lo que está hecho se hunde hasta el centro de la tierra. No puedo ver el fondo.

Es como la noche. Hay magia y lo antiguo resucita. Manso y tibio. Me lame los pies como si fuera un perro. Gime y muere.

He descifrado su mensaje. Es una bitácora perfecta.

No existe usurpador. Tampoco forma de cambiar su anatomía.

Trato de rascar su piel. Se diluye entre mis dedos. Quiero alzar un recodo de su sombra. Imposible abrazar un sueño.

Observo. Veo unos niños que se esconden. Unos barriletes que se tragan todo el viento.

Un fuego de colores. Una mancha de tinta en mi guardapolvo. Muchos rostros que me miran. Unas manos que se extienden. Lejanas. Imposibles. Alzo las mías. Miro las líneas de la suerte. Todo aquello está detrás del surco del pasado. Distrito de lo ido.

Es parte del legado. Pedazo del baldío que me toca. El ayer se ha consumado en esa arquitectura.

No puedo rehacer, aunque quisiera.

Trepo al olmo. Es como Goliat. Desde el carajo miro. Repaso su diseño. Repaso los detalles.

Puedo leer significados. Señales vivas. Las claras evidencias.

Están todas las instancias. Las que escribí. Y las que no. Cierro el capítulo. Desciendo y doy la espalda.

Es tiempo de inaugurar lo nuevo.

Abrir ventanas. Inventar espejos con balcones.

Y lo que queda aún en la palma de mi imaginario.

Seco mi frente. Refriego mis manos y las humedezco con un poco de saliva. Alzo el cabo y clavo el acero sobre el punto. El lugar donde lo anterior decretó su fin. Desvió la línea.

Convierto un corcho en mi plomada. Instalo una zapatilla como escuadra. Me voy en diagonal.

Regreso en un zigzag. Comienzo a levantar la medianera. Me dicen que no puedo. No me importa. Dejo una abertura. Que el aire fresco pueda penetrar. Insisten con que no.

Me da satisfacción. Sigo. Me gusta dibujar con un palito sobre el cemento fresco. Poner su nombre para siempre.

Hago un sótano al revés. Para arriba. Con la entrada por debajo. Dicen que estoy loco.

Las viejas de las escobas. También los otros. Sigo con los pasillos. Los imagino inquietos. Me inspira un laberinto. Armo sus callejuelas con escarbadientes. Y los pinto con lápices Faber de colores.

Mis planos son mis planes. Las habitaciones serán todas diferentes. Más de cien haré.

Si el tiempo lo permite.

La primera será cuadrada. De papel en blanco. Sin techo. Para ver el cielo. Y mojarme cuando llueva. Con acuarelas secas a flor de las paredes. Para que se liberen cuando quieran. Tendrán ríos de fideos espagueti debajo de la cama. Con sapos de guardianes.

La segunda surgirá redonda. Como el universo. Para caer en su agujero azul cuando me chupe la galaxia. En el piso dormirá una luciérnaga gigante. No quiero estar desprevenido.

Haré una torre. Como cucurucho de cartón. También una fuente que se sostenga en una mano. Y que sude leche. De burra o de escarabajo. En el comedor pondré una mesa de crochet. Y una bañadera de sopera. Un cuchillo de goma eva y una lámpara de arena.

El jardín se hará solo. Con las semillas que le caigan. O las que siembren los gorriones Construiré cada minuto. Como quiera. Como pueda.

En esa parte incierta del baldío. La que dicta el desafío.
Lo preveo. Sonrío. La idea me ilumina. Canto por lo
bajo.

Don Pirulero me alcanza el primer ladrillo.

Blanco y negro

El avión abrió con su nariz el vientre mismo de las nubes, cerré mis ojos y silenciosamente, el sueño me depositó en la espalda gris de la pista madrileña.

Entre los colores fugitivos de la gente y el estampido burbujeante de las voces, una muy cerca me sacudía con un enjambre de silencios esparcidos por el suelo.

Busqué en ese atlas de pasillos y ventanas el fogonazo sutil de aquel llamado.

Por sobre los peldaños de mi asombro pude ver aquella mujer de serena transparencia oriental.

Un paso de otros tiempos y su piel de chocolate coronaban el ocre miel de su mirada y toda ella, ligera y abstracta, se dirigía hacia mí, como si hubiera sido llovida por un campanario de tormentas.

Allí estaba balanceando entre sus senos las flores apagadas de su blusa, desgarrando los perfumes de las sedas ondulantes.

Como un diseño, posó sus manos anilladas en mi brazo sorprendido. Insinuó en una lengua jeroglífica un susurro ventoso de amarillo y fuego.

No pude comprender el mensaje tenue de su evangelio apresurado.

Pegunté por su dios y su materia, su destino y su belleza...

Sólo fue un momento de relámpago para ciegos.

Luego, el maquillaje de un nirvana desvaneció su imagen.

Los espejos del salón devolvieron, otra vez, su ausencia por millares.

Imaginé, a punto de caer hacia la garganta de la tarde, dos personajes magros de un juego blanco y negro de recuerdos y de olvidos.

Hoy desaparecidos.

Defensa del consumidor

El local era chico y no tenía publicidad que lo promocionara, aunque ya todos sabían el rubro que explotaba.

Estaba ubicado al frente de la plaza tal como las otras innumerables sucursales y sus patrones habían inventado hace un buen tiempo eso que ahora se llama marketing.

Lo atendía una sola persona atrincherada detrás de una pequeña abertura que tornaba impersonal su rostro.

Elsa, mi vecina con la que compartimos las recetas de cocina y los perros para que tengan cría, ya estaba a un costado de la oficinita hablando algo con el señor de adentro.

Gesticulaba con una energía tan vehemente que la bolsa de mercadito que pendía de su antebrazo, parecía un molino arreciado por agosto. Un susurro locuaz y atropellado, según veía, explotaba en un revolear de ojos y le estrangulaban la lengua entre los dientes.

No pude sustraerme a la curiosidad de tanta envidia. ¿Cuál podría ser el motivo de aquella controversia que pareciera tenderse entre vendedor y cliente?

Porque aquel lugar era, sin duda alguna, un espacio de compra-venta.

No tuve más remedio que acercarme para saciar mi mal hábito de husmear en asuntos “periféricos”, sabiendo que no era una buena acción y que en el momento del recuento de los “tantos”, de alguna forma lo pagaría.

Como quien va viendo los cuadros de la galería que

albergaba el kiosquito, impresionado por las vicisitudes en que aparecía sin solución de continuidad una persona de barba y túnica, me fui acercando hasta quedar a escasos pasos de aquel diálogo. Ni mi amiga ni el señor se percataron de mi presencia y continuaron con la discusión, que – felizmente – subía cada vez más de tono.

Escuché claramente:

- El producto no tiene garantía señora.

- ¡Cómo que no tiene garantía ¡¡ Ud. me prometió que si seguía las instrucciones todo funcionaría a la perfección!! (tomándose de la baranda del habitáculo) y le juro que así lo hice. Seguí estrictamente las indicaciones del catálogo.

- En ese caso, por favor muéstreme el cupón correspondiente.

- ¿El cupón? ¿Qué cupón? (a gritos, ya)

- El cupón señora. El de la garantía que Ud. refiere.

- ¡Ud. no me dio cupón, ni papelito ni siquiera un mísero gracias ¡Acuérdese! (tratando de serenarse) Fue el martes pasado, por la tarde...yo le traje lo convenido y se lo entregué en sus propias manos. ¿Me sigue?

- ...

- ¿Me sigue o no me sigue? ¡Conteste pedazo de imbécil!- ya enajenada -¡Le estoy preguntando!

- La sigo señora. Continúe...

- Hagamos memoria: ese día vine y hablé con Ud.- señalándolo con el dedo índice-. Le comenté lo que estaba necesitando para mí y mi familia y usted me dijo que podía gestionar ante su jefe la solución al tema, que me quedara

tranquila. ¿ Se acuerda?

- Sí, por supuesto que recuerdo ese momento.

- Bueno, vamos bien hasta ahí. Yo cumplí con mi parte aportando lo que me pedía, compré unos productos de su empresa, participé de las reuniones de clientes, acerqué a algunos parientes, doné algunas pertenencias, ¿y que conseguí?

- ¿ ?

- ¡Nada;

- Si quiere, señora, está a disposición el Libro de Quejas y allí puede expresar su disconformidad.

Dijo esto y cerró la ventanita para dar por terminado el diálogo con Elsa.

En el momento, una humareda picante me sacudió la lengua y comencé a estornudar mientras oía - como en un sueño - una melodía pesada y honda.

¡Qué mal gusto tiene el que pone la música funcional!, pensé indignada.

No pude más con mi genio calabrés e intervine: arremetí contra el negocito y la asesté una trompada a la hoja sin vidrio de la ventanita que castigó como un látigo hacia adentro. Sorprendí al inquilino del habitáculo acomodando con urgencia su ropa, contorneándose como un gusano para adecuarla a su descangayada anatomía.

Me miró aterrorizado y aproveché esa circunstancia para hacer pesar mi fuerza. Sin más trámite, antes de que reaccionara le sacudí las vestiduras con una interpelación certera. Apuntándolo con el ceño fruncido, le dije:

- ¡Pedazo de infeliz! ¿Qué es esto de estafar a la gente? ¡Quiénes se creen que son!

- Por favor, estimada dama, no intervenga. Este es un asunto que se reduce a una relación personal, si se quiere.

- ¡Cómo que no me meta; ¡Si yo también soy habitual consumidora de esta casa! ¡Lo que le pasó a mi amiga pudo pasarme a mí!!! Quien sabe cuánta gente ha sido engañada ¡manifesté resoplando.

- Reitérole mi posición con una sentencia célebre de uno de nuestros más conspicuos referentes: “no metierums en asuntos ajenus”.

- ¡Encima me recita un descargo en latín; ¡Qué caradura; Esta apreciación de mi parte pareció enfurecerlo y salió como una tromba de su escaso búnker. Se paró enfrente, casi rozando su nariz con la mía y a través de sus ligeros ojos azules pude ver toda la bronca contenida. En tan solo un instante recorrí su rostro rasurado a cero que disimulaba una fina boca que semejava un trazo de lápiz Faber, dando marco a esa escuálida visión, unas orejas como de ratón que le aportaban un carácter seco.

Reaccioné enseguida cuando vi su cuello plástico blanco y reluciente. Bajé, por respeto, inmediatamente los decibeles de mi enojo y traté de ser amable con él, retomando mi intervención con un “ disculpe...no fue mi intención...pensé que se trataba de una cabina” dije estúpidamente, agregando para empeorar la cosa, “ en la que vendían algo “.

El hombre pareció no escucharme y preso de un ataque de ira me ametralló con su palabrerío:

- ¡Qué se piensa vieja loca! ¡Igual que esta otra que Ud. viene a defender!! Qué culpa tengo yo que no consiga novio, que no se cure de las hemorroides, ¡que no consiga trabajo...! Yo le regalé las estampitas de San Antonio, San Roque y San Cayetano por si fuera poco le aconsejé que comprara en la santería las imágenes del tamaño que más le gustaran.

- Bueno, Padre, por favor no se enoje, no es para tanto, sepa Ud, disculpar, dijo Elsa.

- Si Presbítero, no fue una queja tan importante como para que se exaltara de ese modo, agregué para calmar su ánimo.

- ¡Y más todavía; entre las dos - en lo que va del año - ya me deben haber consumido como dos kilos de hostias; ¿Ustedes saben cuánto valen los 100 grs.? ¿lo saben o no lo saben? ¿Saben cuánto cuesta un cirio?, esos que tenemos que prender para que viejas de mierda como ustedes vengan a aplastar su humanidad y fijarse en la vestimenta o los chimentos de pueblo ¿Ya se han olvidado de los centenares de pecados que les he tramitado en perdón? A ver...Usted, Elsa ... qué me dice de aquel encuentro "rapidito" con el jardinero? ¿Y del billete falso que le encajó al cajero del supermercadito? Ah! Y usted, señora, la vecina...me parece que la escuché en este santo lugar susurrarme arrepentida que le había preparado un almuerzo "sustancioso" a la gata de su cuñada y que al rato nomás pasó a mejor vida. No quiero ahondar en viejas y nuevas referencias para no meter la pata con el secreto de confesión pero ¿Piensan que yo tengo el celular del Jefe Barba para pedirle a cualquier hora del día

por sus ocurrencias? Están completamente equivoc...

Interrumpí abruptamente su embate retomando mi anterior postura y lo ajusticé con una imprecación, esta vez, acompañada por Elsa que había empuñado una botella de lavandina con intenciones de estrellarla en su cabeza:

- ¡Ahora sí que asoma el lobo debajo de la piel de cordero ¡Para que sepa, nosotras ponemos todos los días unas monedas en la bolsa de la limosna! ¡Y cumplimos con el rosario de la aurora y la misa de veinte! ¡También le ponemos flores a la Virgen del Carmen y en la procesión la acompañamos bien de cerquita...todos los años! ¡Así que no me venga con eso de que “ no hay garantía “! ¡No le parece suficiente lo que hacemos para que la Providencia nos ayude, eh! ¡Qué más quiere que hagamos! Si con todo ese aporte no alcanza, entonces estamos perdidas y Ud. es quien tiene que defendernos.

- ¡Ya van a ver, manga de atorrantes¡, dijo Elsa, los voy a demandar ante Defensa del Consumidor...y también los voy a denunciar ante el Defensor del Pueblo¡, que es radical como yo ¡

El cura no contraatacó. Levantó su mano derecha y en el aire dibujó una cruz que hizo sombra sobre sus atacantes, extrajo unos anteojos transparentes de un bolsillo de la camisa y tras colocárselos, tranquilamente respondió:

- Estimadas damas: esta controversia se resolverá, seguramente. El Señor hará lo suyo. En cuanto a ustedes, les recomiendo que para encontrar la solución a sus cuestiones terrenales y de las otras, las de disponibilidad celestial, sigan

esta instrucción: consigan de alguna fuente... Google, Apple, Páginas Amarillas de la guía, Facebook, en fin...información.

- ¿Sobre qué cosa? repliqué.

- Sobre un producto muy escaso en el mercado, casi imposible de conseguir, pero el intento valdrá la pena.

- ¿Y cómo viene? ¿en pastillas, pomada, inyectable?

- No viene en envase alguno, pues el envase es uno mismo ¿Me explico?

- Definitivamente no, contestamos al unísono.

- El producto del que les hablo contiene una monodroga cuya especie no revelaré por cuestiones obvias, pero se lo puede buscar por su nombre de fantasía...

- ¡Cuál es ese nombre! ¡Dígalo de una vez!

- Monosilábicamente respondió: Fe.

MI CABALLO TIENE PLUMAS

Desperté en carne viva.

Esa noche los sueños me habían llevado a un rincón oscuramente ardiente.

Las sombras de la almohada todavía estaban a la vista.

Buscaba entender ese desatino cotidiano con que los fantasmas disfrutaban su alegoría de confundir a los sentidos.

Presente aún este disturbio de la noche, pude ver mis manos y mis pies convertidos en patas de caballo. Mi boca, una galería hedionda; mi nariz, un almacigo de pelos tan largos como cuerdas de violón... una baba blanca se despeñaba sobre el pecho.

Desnudo y solitario, encerrado en ese estuche nuevo renegué de aquellos incidentes insoportables.

Desde los costados el silencio afinaba con la tartamudez de mi interior.

Sueños y más sueños... ¿¿hasta cuándo?! me dijo alguien que compartía - frente a un espejo imaginario - mi propia identidad.

Comencé a temblar.

Una tormenta de miedos me reveló contra el ser como deber. El momento se abría bajo el suelo y me suspendía en una sombra de incierta telaraña.

Salté de la cama, abrí el placard y renuncié a los dictados de mi ropaje acostumbrado.

Abatí sobre el piso mis pantalones, mis camisas y hasta

un pelotón de calzoncillos que ya nunca me pertenecerían.

Renuncié a mis bigotes y a mi barba, al cabello corto y a la grave condición de mis expresiones, a los cinturones y a mis dedos sin anillos, a la hipocresía del fútbol y a mi documento con el nombre que mis padres me prodigaran.

Me afeité de punta a punta, prolija, sensualmente. Mi cuerpo se mostraba ahora suave y delicado. Tal como se floreaba en mis deseos.

Mis tetillas aparecían nuevas, flamantes, con un color de azúcar moreno... unos pezones recién inaugurados se empinaban exultantes; pinté mis uñas con los acrílicos que usaba para mis telas y un dulzor carmín relumbró sobre mis labios.

Sin vuelta atrás, el viaje me placía lujuriosamente femenino, desconocido y novedoso.

Ya no habría pasaje de retorno.

Extirpé unas plumas del último traje de carnaval, también alguna que otra lentejuela.

Alisté el pegamento y las adosé a mi cuerpo. Las amarillas sobre las piernas, luego las rojas contorneando el pubis, sobre el vientre las violetas, en el pecho las blancas y para esconder los hombros, las eróticas doradas.

Me miré al espejo.

Y ella me miró también.

A partir de hoy sería diferente. Todo sería diferente.

Tan diferente como lo suelen ser los caballos que tienen piel de plumas.

El Tierno

“Tiempos eran aquellos” ...deslizaba una voz ausente en la mente solitaria del comisario Raúl Encarnación González, retirado del servicio efectivo; el Tierno para sus amigos y también para los otros.

Enfundado en un pantalón tan gris como desvanecido y jugueteando sobre unas pantuflas que ardían en esa tarde de verano, se rascaba la cabeza a un costado de su escasa cama de pensión.

Por la ventana, una jauría de ladridos hacían temblar el vaso de vino negro que sostenía tembloroso.

Otros tiempos, Pipo..., le contaba a su indiferente perro que redondeaba un hueso ya gastado por la saliva y las penurias.

Recortes de un libro extraviado en la memoria asomaron de repente: ¡Aquellos tiempos! Años ya agotados, jornadas del traje siempre oscuro, la pistola en la cintura, la oficina de Investigaciones con su halo denso y sus anexos, los beneficios de la timba, las putas y la chispa ... y el inolvidable purgatorio del confesionario.

¡Ah! Tiempos dorados de colgar en su llavero el poder de abrir las puertas del infierno... si lo sabrán algunos que ya no pueden contarle y, como quien evoca a un célebre poeta, repitió - mientras una sonrisa le apuñalaba el rostro - los muertos no hablan ...

Al fin y al cabo, gajes del oficio de comisario... se

justificaba mientras estrujaba un flaco bigote amarillento de tabaco, esqueleto de un otrora rudo pelambre oscuro.

Un agrio ardor le trajo a sus sentidos el olor a viejo que tienen siempre los sumarios, con sus tramas de cuentos policiales de verdad, remedos de barajas donde la palabra mal escrita suele hundir su daga en la historia de la gente.

El Tierno era famoso y conocido por el sutil despliegue de sus recursos en la dilucidación de casos; ejercicio de la profesión que le dicen. La premisa era inequívoca : “El fin justifica los medios” .Maquiavelo era para él un sabio, su maestro; hasta tenía El Príncipe en un cajón de su mesita de luz.

Un investigador siempre triunfa: el crimen perfecto no es más que una estúpida falacia adorada por los que sueñan con sortear el duro martillo de la ley, muchas veces empuñado con rencor por mano propia.

Ser implacable fue su lema de conducta y supo costearse fama de infalible.

Como doctorado en un conservatorio de maldad, el Tierno conocía las partituras y los instrumentos para llevar a cabo su sinfonía de dolor, padecimiento y tortura.

Él era, a la misma vez, director e intérprete de la misión de la obra de Justicia que la sociedad esperaba y que los estrados no podían, o no querían, Dios sabrá, ejecutar. Para eso estaba él, ¡faltaba más!.

Caminó hacia el ropero de terciado, desenredó la soga de yute que envolvía la manija de la puerta y con el temor que tienen los que esconden, fue sacando y poniendo sobre la mesa uno a uno sus tesoros de antaño.

Primero la bolsa de nailon negra con la que le dio pasaje de turista en el submarino seco al gordo Soriano que entre hilos de voz confesaba ser ladrón de camiones en las rutas y que después – por motus proprio – decidiría dejar de respirar.

A continuación, como toman las madres al recién nacido, alcanzó la goma ...flexible y dura vara que utilizaba golpeando las plantas de los pies de algún remiso delincuente; la acarició con erotismo y la envolvió en su traje de lienzo. ¡Cuántas satisfacciones!

Prolijamente acomodado, su juguete preferido: una picana gruesa de extensos cables rojos que esperaba el retorno de antiguas actuaciones. En una bolsita azul de terciopelo, como en unión matrimonial celebrada por el verdugo, una cachiporra y una manopla asediada por el herrumbre asomaban sus victorias por encima de un cordel que ceñía su garganta.

Miró sus artefactos como quien releva con cariño unas fotos de familia. En su presencia proclamaba con nostalgia la ausencia con aviso de otros bienes del kit profesional: el catre de 220, la mula y la raíz de tacuara, la pelotita de frontón y aquellos asquerosos tachos anfitriones de escatológicas sesiones de orina y mierda.

A la hora de guardar sus reliquias, no olvidó los juegos de participación espontánea y una risa agujereada le regaló unas migajas de ternura: la muerte por fusilamientos falsos, la libertad mentida, el sorteo de las ejecuciones... ¡cuánta inventiva!

Nobleza obliga, no podían escapar a la evocación sus

leales subalternos: el inspector Gutiérrez, conocido como el Colorado, el Sargento Doroteo Pescia apodado el gusano y su chofer, el agente Lucindo Mónico Peralta, una mole que se alzaba casi dos metros del suelo; dos de ellos ya muertos por esas cosas de la vida.

Volvió al presente cacheteado por un soplo de incordura: su sangre azul lo llamaba para una misión extraordinaria.

Ahora lo tenía en vilo algo grande, algo inmensamente importante tan sólo advertido por su olfato policial. No podía renunciar a investigar y esclarecer aquel suceso.

El caso era el siguiente: Día a día, a la misma hora, sin importar la estación del año, se perpetraba un monumental robo ante la vista ciega de todo el mundo. Alguien se llevaba el sol y la oscuridad ganaba el universo, pero a ello se sumaba un dato por demás curioso y desconcertante: a la mañana siguiente volvía a amanecer y con él la claridad.

Surgieron entonces las preguntas del Manual del Investigador: ¿era el mismo sol o era uno nuevo cada mañana? de ser el mismo, ¿dónde era ocultado tras su desaparición nocturna? ¿con qué fines? ¿qué pandilla estaría detrás de estas acciones? ¿exigirían rescate? En su caso, ¿a quién? Más aún: si era flamante cada jornada ¿quién hacía su reposición? ¿dónde operaba esta banda?.

Abrumado por tantas cuestiones sin respuesta continuó elucubrando teorías sobre el origen de este misterio: ¿estarían los yanquis detrás de esto?, ¿los rusos o los chinos? o quien sabe ...¡los extraterrestres!

Su fina observación determinó que el Oeste era, sea

cual fuere la longitud respecto del Ecuador el lugar donde acontecía el hecho y que el horario preciso de este atraco era, invariablemente, el atardecer, ocaso o crepúsculo tal como lo aclaran los diccionarios de sinónimos.

Y aún más... había logrado establecer que tanto en esa circunstancia como al amanecer, el suceso era observado por un inseparable actor testimonial: el lucero, que las enciclopedias denominaban Venus, como tal lo averiguara en sus volúmenes.

También advirtió que, en la noche, era dable apreciar desde cualquier punto millares de pequeñas astillas luminosas que eran conocidas como estrellas, explicando - en tanto - los días nublados como simulacros de despiste.

Compiló estos valiosos datos en su cuaderno Gloria de tapas blandas que llevaba enrollado en un bolsillo de la camisa.

En esa instancia recordó las aventuras de Ícaro y temió por ver quemadas sus plumas por acercarse demasiado a su sol, a su verdad....a "La Verdad".

Así fue que el Tierno vio pasar y desaparecer el círculo de fuego por el cielo sin poder avanzar demasiado en cuanto a los autores del delito, a quien los pondría bajo sus herramientas predilectas para purgar su merecido.

Al final un día, las cataratas en sus ojos corrieron un telón grasoso de espuma negra ante su vista y sólo a tientas pudo acercarse a la mesa de su cuarto: comprendió que su enemigo esta vez había creído asir el triunfo inaugurando para él una fatal oscuridad.

La noche había devorado la claridad de su existencia, pero el Tierno era un profesional duro y obstinado. No se rendiría ante esta estrategia macabra de sus oponentes.

Ciego y abjurando de su derrota empuñó su Smith & Wesson calibre 38 y un frío niquelado le hizo temblar el brazo.

La trastienda del horizonte develaría el misterio.

Como si fuera un pasajero pronto a embarcar el tren, tomó con la mano libre su chapa N° 088, su credencial y el cuaderno Gloria de tapas blandas para apreciar desde otra perspectiva el caso que lo tenía investigando.

Un minuto más tarde se hundió en la segunda y eterna noche.

Groe

El circo ha llegado al descampado de mi barrio. Una caravana de jaulas traza una gran circunferencia. Todos corren con urgencia. Temen que a poco se diluya. Están allí. Ojos que no caben. Preguntas que salen solas. En qué lugar viven los circos. Los grandes conjeturan con los chicos. Los más viejos no saben qué decir. Los niños tienen todas las respuestas. En un país lejano y maravilloso. Como de chocolate. Repleto de colores. Un lugar donde todo es diversión. Donde as enfermedades no son conocidas y mucho menos el horror. En el país de los circos todos son felices. Viven de paseo por el mundo. Han venido a conocernos. Por entre la algarabía se puede ver a los artistas. A los animales espiar tras las rejas.

Dos leones flacos peregrinan detrás de los barrotes. Una docena de monos salta dentro de su encierro. Un tigre de bengala extraña sus antiguas rayas negras. Entre sueños, un enorme oso evoca el perdido sabor del verde. Un hombre los alimenta. Es el que más luego escupirá llamas por su boca. Lleva un balde en su mano. Les arroja algunas tripas y unos huesos de puchero. Detrás de un corralito el domador ensaya chasquidos con su látigo. El viejo trapequista bebe y sufre por su extraviada valentía. La galera del mago guarda unas zanahorias y un paquete de fideos. Tiene que alimentar a los conejos. Los que viven dentro de ella. El enano y el hombre bala se disputan la sonrisa de Natalí, la bella equilibrista. También alguien más quiere tener su corazón. El

enano parece tramar algo. Su mirada lo denuncia. El hombre bala intuye alguna trampa. Es precavido. Guarda para sí un último disparo. Las estacas ya han forjado los cimientos. Como esclavos del Egipto, una fila de hombres estira una soga tan gruesa como un puño. La carpa se va elevando poco a poco. El payaso toma el altavoz. Ordena trabajar con más empeño. Su voz es ronca. Firme. No parece la palabra de un payaso. Tiene la voz ardiente de un capataz. No hay chiste en sus palabras. Algunos lo miran con recelo. Otros lo conocen y le temen.

Los carromatos van cerrando el círculo. Como en las películas de Wayne, el John. Acá no hay indios que los perforen con sus flechas. Ellos mismos pueden ser sus propios victimarios. Un acoplado guarda un montón de sillas viejas. La pista se dibuja desde un clavo. El hilo atado a él da una vuelta en órbita. Círculo perfecto. A sus bordes ponen cajones de madera. En último acto se coloca en la entrada al circo una pizarra negra. Una mujer gorda escribe con tiza blanca "Groe desafía al más valiente". Hay un premio de mil pesos para quien lo venza. Se paga en efectivo. Pelea de tres rounds de tres minutos."

En un instante todos ya conocen la noticia. Los primeros interesados se hacen ver. El Tanque Lisandro asegura poder ganar. El gato Rivas ya hace cuentas con el dinero. Pedraza, el camionero, prepara la estrategia y el peso gallo Ricardito Juárez se declara ausente para la convocatoria. Los candidatos para la lucha recorren los costados de la carpa. También la fila de los carros. Quieren verlo. Repasan

la talla de cada posible contendiente. Nada desalentador el panorama. Todos flacos, algunos musculosos, ninguno exuberante. Plata fácil. Entretanto, Groe es un misterio. Puede ser que venga desde otro lado. Que sea un boxeador profesional. O un mastodonte de dos metros. Un tipo de esos que trabajan en el puerto. Nunca fue vencido, según cuenta la propaganda. Muchos de sus rivales han visitado el hospital. Otros han conocido el purgatorio. Así comentan. La duda hace lo suyo. Groe saborea su merienda. Por un resquicio de su aposento, observa. Espera su rutina. El viernes es el día del debut. A las 9 de la noche. Sólo uno acude al desafío. El enano lo recibe. Piensa en el hombre bala. El valiente se llama Alberto y es peón del cortadero. Alto y ancho. El Mula le dicen en el pueblo. Desde pequeño amasa barro a toneladas. Le indican que se siente detrás de un biombo de cartón. Alguien la acerca una bata negra con brillantes. Comienza la espera del combate. Mira el entorno. Los nervios le llenan de sudor el cuerpo. Está asustado. Tiene ganas de volver a casa, pero en ese momento el animador hace tronar su voz. El domador acaricia el tigre de bengala. El animal abre su boca para bostezar. El redoble de un tambor hace volar a los trapevistas. En el piso de la pista, tres payasos se pegan cachetazos a mansalva. Por fin llega el momento. Las luces se apagan. Una mancha de sombra devora la pista. La gente está en silencio. La tensión electrifica el aire. El animador presenta al desafiante. Alberto aparece seguido por un haz de luz que viene desde lo alto. Levanta sus brazos. Saluda al público. Busca entre la gente a su mujer. Está cegado. Una

música de suspenso brota desde algún lugar. Se inquieta. Mueve sus piernas para entrar en calor. El ring es de arena gruesa. El límite son los cajones de madera.

El hombre bala cae lanzado por un cañón cercano. Será el árbitro del combate. Trae en su mano un botiquín que alguien la acercó como al descuido. Es pesado. Más de lo común. No imagina lo que trae. Lo deja en una orilla. Todo está listo para comenzar.

Un terrible estruendo hace estallar al público. Un enjambre de luces gira alocadamente. El presentador señala al retador. Lo menciona brevemente.

Al borde el éxtasis anuncia a toda voz. ¡Llegó la hora que todos esperaban!. ¡La hora del estelar combate! ¡El desafío para quien quiera medir su don de boxeador! ¡Él viene desde un lugar donde la fuerza es ley! ¡Una sociedad en que sólo los mejores sobreviven! ¡Una tierra en que nada es más importante que el coraje! ¡Damas y caballeros con ustedes...! ¡Groee!, la estrella invicta en más de 300 noches de pelea. ¡Groee! ¡La maravilla viviente! ¡Groee, el asesino!

El Mula comienza a tiritar. Este atrevimiento audaz le traerá malas consecuencias. Eso piensa. Ya es tarde. Su orgullo está en juego. No piensa quedar como un cobarde ante el pueblo. El sonido atronador es cada vez más fuerte. Las luces le prodigan un mareo repentino.

Se abre un cortinado espeso. Groee irrumpe como una mole. Se encamina hacia la pista. Es gigante. Está cubierto por una bata roja. Su paso hace temblar la arena. Tiene colocados dos enormes guantes. No se puede ver su rostro.

La capucha cae sobre el límite de sus ojos. La penumbra viste a los boxeadores de negrura.

Comienza la pelea. El Mula gira lejos del alcance de los brazos de Groe. Tira un par de golpes que no llegan a destino. Groe lo mira desde la profundidad de la capucha. Otra vez intenta el retador. Acierta con su puño en el pecho del campeón. Cruje su mano. Fue como pegarle a una pared. Allí va con otro golpe. Esta vez al rostro que no ve. La respiración de Groe le llega como un viento agrio a su cara. Groe se aproxima. El retador escapa girando en un sentido y otro. Quiere desconcertarlo. En un segundo, Groe avanza y se pone frente a su nariz. Un descomunal arrebato le da en la cabeza al desafiante. Luego otro más en el cuerpo. Mientras se desploma, una andanada de trompadas lo arroja a los costados de la pista. Inconsciente. Todo el cuerpo ensangrentado. Groe se acerca al caído para dar fin a su tarea. El árbitro corre para evitar la tragedia. Groe levanta su pie para aplastar la cabeza de su retador. El botiquín está abierto. No hay nada en su interior. Alguien ha escapado de allí. Es el mismo que le pone una zancadilla al hombre bala. Para que sea él quien reciba el mortal golpe. El hombre bala trastabilla y va directo a su cadalso. A un costado el enano espera con ansias el final. De su cuello cuelga una cadena con una enorme estrella azul. Esa misma que dejara Natalí antes de partir. Groe detiene su intención. Un destello fino lastima sus pupilas. Relámpago fatal que lo hiere en sus sentidos. Vuelve su cabeza hacia un costado. El pecho del enano está en su mira. Reconoce aquella estrella. Groe sueña todavía con

el amor de quien fuera su dueña. Es un instante nada más. La cabeza del enano explota después de la patada. Las luces se encienden. El terror hace huir a los espectadores. El hombre bala retira sobre sus hombros al Mula que aún respira.

Groe se quita la bata y deja ver su espalda de oso. Luego se pierde detrás del cortinado.

Esa noche, Groe comerá su cena evocando el perdido sabor del verde. -

Desaparecido en vuelo

El banco de cemento cada mañana lo esperaba. Desde el otro lado de la estación, el viejo llegaba a la plaza cargando su cansina anatomía dentro de un raído guardapolvo gris.

Luego del encuentro, dejaba a un costado su bolsa de arpillera; se sentaba despaciosamente y acomodaba los codos sobre las rodillas.

El tren que chiflaba desde el sur, acercaba su miriñaque al punto justo y se detenía en el andén.

Sus vagones de madera dejaban escapar algún que otro pasajero que se saludaba con las ausencias habituales.

Al viejo le habían dicho alguna vez, que muchos años antes se había perdido entre los trenes y la gente, tal vez embarcado en uno de esos que pasan en las madrugadas o quizás envuelto en un regreso ya olvidado.

Sus amigos le contaron que solía escribir versos a las lunas gordas, a los gorriones amarillos y a las cosas que no se necesitan. Y que por eso todos lo conocían como el poeta.

También lo anoticiaron de que un día en que el otoño comenzaba a dorar las hojas encontraron un papel de carta con su firma en la sala de espera.

El mensaje decía: Adiós a todos, vuelo en busca de mi destino.

El viejo siempre creyó en su desaparición.

Desde entonces, a las siete en punto, día tras día, recomenzaba su tarea cotidiana: la de buscarse entre la gente.

Encendía todos los sentidos para adivinar sus ojos en una mirada que le hubiera sido arrebatada, encontrar sus zapatos negros en otros tantos pasos, revivir apuros de antaño al garete, sobresaltar el corazón por algún tropezón en la escalera ...

Años largos se fueron sucediendo. Tanto que hasta pudo hacerse amigo del silencio seducido por el perfume a creolina de los pisos.

Había contado una infinita cuenta de campanadas de llegada, otras tantas de partidas.

Se ponía de pie, se acercaba a las ventanillas y miraba aquellas fotos que tras el vidrio le mostraban rostros como de historieta.

Señores con bigote y barba, jóvenes enteros de entusiasmo, chicos de pantalones cortos y bolsillos con bolitas, obreros de la cantera... todos breves inquilinos cotidianos.

Tal vez el tiempo no hubiera transcurrido y él siguiera siendo el niño del comienzo. O un pasajero de los calendarios atrapado en una trampa.

Una emboscada del señor de los relojes para retroceder los días.

Al fin, un día de noviembre, el tren dejó de pasar definitivamente.

Ya casi atardecía cuando el último vagón se hacía nada.

En su última esperanza, el viejo alzó su mano en despedida y una golondrina se posó sobre su anillo.

Lo miró y le dijo: "Por fin has regresado".

ESTRELLA NEGRA

Quería saber. Saber cómo era.

Dejé mi auto en la cochera y tomé un taxi. Desde el asiento trasero podía ver la espalda helada de la noche; una negrura imponente ponía su sombra atiborrada de destellos y planetas.

En cada esquina unas cuantas ilusiones desvestidas de mujer señalaban el camino del placer.

En las orillas de las plazas, como fotos repetidas, chicos naufragando entre un oleaje de botellas de vacío y de unos cigarros de basura.

No intenté pensar. No lo necesitaba. El auto se detuvo lentamente.

Llegamos, dijo el chofer. El camino no había sido largo.

Words leí a un costado de la entrada en un cartel de chapa. Las luces se habían hecho fugitivas en las paredes del boliche.

Unos anchos personajes me esperaban en la puerta. Me miraron como quien repugna una cucaracha que se evade por el resumidero.

Una pesada hoja pesada se abrió escasamente, mostré mi tiquet y al final pude estar adentro.

Me quedé dilatando las orillas de la lengua para erradicar un sabor amargo...algo parecido a un puré de estiércol.

Busqué con inquietud una molécula de oxígeno que le ofreciera un poco de alivio a mis pulmones.

La gente parecía desdoblarse en contorsiones mientras la música electrónica me hacía vibrar el pecho como un redoblante. Mis oídos padecían una insoportable sucesión de estruendos.

Cuando él se me acercó, yo ya sabía. Sabía que él vendría. Dos desconocidos acudiendo a una cita nunca concertada.

Sacó de su bolsillo una pastilla de color azul con una estrella de relieve. La puso en mi mano. Y abrió en abanico la suya. No hubo palabras. Entendí. Pagué por ella y con cuidado la guardé.

Mientras esperaba el momento de introducirla en mi boca pedí un vodka para saciar mi falta de paciencia.

A mi alrededor la realidad quebraba su versión más conocida.

Otro vodka enjuagó de un solo sorbo mi lengua aún con gusto a yuyo. Luego fueron otros tragos fuertes y un par de energizantes mezclados en el vaso.

Puse “la estrella “dentro de mi boca y la hice polvo entre la saliva.

Comencé a sentir un ardor de fuego debajo de la cintura.

Un dolor intenso me aprisionó los genitales hasta hacerme sentir la sensación de arribar al estallido. El vientre comenzó a temblar como en una samba y desde el interior de mis intestinos un tren enloquecido corría con destino a las entrañas.

La respiración se apagó y mi nariz quedó huérfana de oxígeno.

La serpiente que me devoraba los sentidos me apretaba

el corazón hasta el punto de hacerlo trizas.

Traté de buscar un espacio donde echarme para diluir la realidad, pero las piernas parecieron no pertenecerme. Tampoco mi voz pudo pronunciarse ni mis manos articular un movimiento.

De pie... con el vaso en la mano. Como una estatua.

Al fin, ajeno y compulsivo. Con un panal lacerando mi cerebro.

Me iba diluyendo desde el átomo inicial.

Los cabellos eran recogidos desde su raíz, las uñas se astillaban como vidrios, los dientes se molían hasta aniquilarse, el deseo era ahora angustia y la vida sólo una procaz incertidumbre.

Con lo que aún podía resistir pude ver frente a mí al hombre de la cita. Llevaba una bolsa transparente con estrellas que repartía entre la gente del boliche.

Se apagaron mis ojos sin poder ver su rostro.

Escuché una última carcajada. Mi energía encalló y se extinguió mi longitud.

Aquella estrella me había devorado como un gusano de galaxia.

Hasta convertirme en lo que soy: un agujero negro.

Mirame...mirame...mirame...

La ventana de la oficina dejaba ver los techos blancos germinados de antenas. Es un desteñido mediodía de julio.

Dentro del cuartucho angosto de paneles durlok, la arquitectura de la monotonía había construido cuatro torres de expedientes que se acumulaban sobre el escritorio de Arrascaeta.

Frente a ellas, él se sometía cotidianamente al oprobio de tanto trabajo por hacer y su desgana para seguir untando el dedo en la almohadilla.

Su nombre y sus datos personales completaban un legajo de tapas verdes apretujado con otros tantos en un armario de latón del área de personal.

Quien habita su apellido y su rutina se llama Pedro y entre ambos resisten hora a hora, interminables días de vacío y soledad.

Pedro es soltero porque así las cosas lo quisieron, nacido en los sesenta, frustrado estudiante de ciencias económicas, coleccionista de discos de Los Iracundos y lector empedernido de Cortázar y Quiroga... en fin, un solitario espécimen de ciudad; tal como algunos de su edad, sin juntas de amigos los fines de semana o de alguna compañía femenina conocida de ocasión.

La escasa puerta de su lugar de trabajo permanece siempre abierta: un tanto para respirar un poco de aire más liviano, otro tanto para esperar que el ascensor le entregue,

con un anuncio latoso y corredizo, la llegada de Julieta.

Juli, como todos la conocen, encargada del área de recursos humanos de la empresa; divorciada, sin hijos, de unos cuarenta y cinco años muy sensualmente acompañados.

Suele visitar la cocina contigua a su despacho para prepararse algo para tomar o sacar su colación de la heladera.

El trayecto del pasillo que la trae casi a su escritorio los pone frente a frente como si una mira de fusil los acomodara en una delicada línea de tiro.

En esa inevitable coordenada, Pedro ensaya una llamada de telepatía urgente “mirame...mirame...mirame “ y otra vez “mirame...mirame...mirame “ aunque unos anteojos oscuros ocultan el enigma de una mirada.

Pedro jamás ha podido verlos pero su imaginación le dibuja en sus sentidos un sabor de transparencia, un sonido de fugaces coloridos, un desafío a su intuición ...

Muchas veces ha intentado sin éxito tomar del cuello a su coraje y encarar un encuentro quizás promisorio y tal vez esperado por Julieta en silencio.

El tiempo de la espera se ha convertido en una obsesión perturbadora; se lamenta casi resignado y decide entonces poner en juego las migajas de una valentía que cree extinguida ya hace tiempo.

El paso que sigue es ensayar la vigilancia de sus pasos a la salida del trabajo como un ineludible cambio de estrategia para acercarse de una vez.

La tarde se hace tempranamente noche y el horario de trabajo finaliza. Presuroso, ni bien el reloj marca las siete,

cierra su oficina, baja de prisa por las escaleras y marca su salida en el tarjetero; es el primero en salir. Frente al ingreso del edificio observa cómo los empleados salen rutinariamente; Julieta, con sus gafas puestas encara solitariamente hacia la vereda.

Acongojado sólo atina a meter sus manos en los bolsillos como buscando algo que en realidad no necesita mientras simula estar desentendido de lo que a su alrededor acontece. Lo que Pedro sabe es que en su pulso hay una invasión de tambores que le enfrían las sienas de temor y el desborde de sus deseos acuden a lo de siempre: “ mirame...mirame... mirame...” que suena como una letanía acaso como la única y final tabla que lo exonere del naufragio.

La escena se queda en blanco con un perfil inmóvil, como si un relámpago terrible decretara una fractura del correr del minuterero.

Hace girar la llave imaginaria de una puerta y el “mirame...mirame...mirame...”

encuentra un hueco vacío en su esperanza.

No es demasiado lo que pide, se convence: solamente una oportunidad .

Una chance mínima aunque más no fuere para dirigirle la palabra y decirle lo que ahora se entremezcla entre sus anhelos, lo que espera cuando el pasillo la pone ante sus deseos...lo que sacude su estado de hibernante cuando sus pies exasperan la delicada quietud de sus caderas, su rostro iluminado acaba con las sombras tenues de la mañana, su cabello endulza sin pudor el aire fresco que exuda el ascensor.

Y más que todo eso: la esperanza de verse entremezclado con la humedad de sus pupilas y sus pensamientos.

Ha sabido recurrir a casi pueriles actitudes en pos de ese afanoso cometido. Por ejemplo esconder el encendedor de la cocina para que se vea en la necesidad de pedirle fuego o muchas veces esperar, como por casualidad, en la puerta del ascensor para abrirle la pesada puerta y decirle “ hola... buenos días “...

Pero ella no da señales de advertir su presencia.

Temeroso de que al igual que las repeticiones sin final de los acontecimientos se puedan suceder sin solución, decide seguirla hasta el lugar en que se quite por fin los anteojos oscuros...inviabiles en la noche como las palomas jugueteando en los jardines de la plaza.

Julieta cruza la calle sin mirar y camina sin detenerse en las vidrieras; el sonido repetido y estridente de sus tacos señalan como un metrónomo el presuroso itinerario, mientras tanto esquivava con una precisión deportiva la gente que camina distraída.

Así, entre consultas de su reloj pulsera y expediciones de su mano al interior de la cartera, recorre con un sentido laberíntico una decena de cuadras.

La ventisca fría le peina la cara y le sacude levemente las solapas del tapado, debajo de las gafas, el misterio de unos ojos la encaminan hacia el bar “ La Estrella “.

Antes de atravesar la entrada se detiene de repente y se da vuelta para asegurar de que nadie la ha seguido; por suerte, una combi estacionada a un costado oculta de su vista

a su perseguidor.

Ingresa decidida y se sienta a una pequeña mesa del fondo según puedo verla por la amplia ventana; permanece extrañamente quieta y no se inmuta ante la pregunta del mozo.

El bullicio contundente disputa palabras de un noticiero en un enorme plasma. Algunos hablan a los gritos, otros sólo gesticulan, varios comparten solitariamente el humo de un cigarrillo y la lectura de un diario, ya anciano a esta hora.

Temeroso de que se dé cuenta de que la observa desde afuera se detiene en un rincón oscuro.

Desde allí se da cuenta de que si ingresara al local por la otra puerta que da a la peatonal, podría ubicarse sin ser visto a su espalda y tener respuesta a su inquietud.

Así lo hace, confiado y resuelto, ubicándose en una posición de soslayo de excelencia. Puede ver cada movimiento de sus manos, de su cabeza, de su cuerpo sin que ella pueda saberlo.

Pide un café con un insignificante movimiento de cabeza.

De pronto Julieta lleva sus manos a la frente, baja sus anteojos y los apoya sobre la mesa. Suspira como quien se quita un corsé mientras deja resbalar sus manos por las mejillas.

Luego, vuelve su rostro hacia la puerta por donde ingresa un hombre pequeño. Lo señala con el intenso azul de sus pupilas.

Pedro los ha visto. Y no logra descubrir las razones de su ocultamiento.

Intenta levantarse para acercarse a ella y exponer de una vez lo que viene haciendo para vencer su timidez.

De pronto ocurre algo inesperado.

Un sutil movimiento lleva sus dedos finos y blancos hacia el cuenco bordeado por sus cejas. Ceremonialmente se quita los colores del contacto adherido a sus ojos.

Guarda a tientas los diminutos plásticos en un pequeño estuche y vuelve a mirar hacia la puerta por la cual el hombre pequeño sale.

Pedro sigue sin comprender.

Ella lo mira y por un instante, en el lugar de sus ojos ve los suyos que se encienden y se apagan para siempre

.

Pecado capital

El frío era desde siempre el inquilino de la sacristía.

Escaleras abajo, el pequeño recinto olía a una transparencia de almidón adormecida por el tiempo.

Entre antiguos cirios, desvencijados libros y un par de sotanas desteñidas, el caballo del sacristán se había vuelto viejo en esa estación previa al purgatorio.

Recuerda con nostalgia aquella tarde - cuando potrillo aún - lo descendieran con cordajes al sótano de la parroquia, por un par de días, nada más....

El traje de mascota le agradaba, pero el tiempo y la desidia de su cuidador le jugaron una fatal pasada: su cuerpo creció rápidamente y nunca más pudo salir por la angostura de la puerta que parecía hecha para un duende.

Así pasaba sus horas asomado a la vida por un ventiluz que le contaba del cambio de las estaciones, de los colores de la tarde, del silencio de los jardines del pueblo y de la inquietud de las campanas por llamar a misa.

Un día de tantos, el cura de aquella iglesia llevó un gallo para compañía del desventurado, aunque su intención no fue del todo satisfecha, ya que a poco de instalar el ave comenzaron los problemas.

Primero fueron las hostias las que parecían evaporarse del almacén dorado que las guardaba con celo sacrosanto; luego las velas y algunos óleos se esfumaban como si un extraño designio las cubriera con un manto de misterio.

La preocupación en los suburbios del altar fue creciendo con el correr de los días y de los acontecimientos.

Las sospechas sobre el autor de estos desmanes se centraban tierra adentro, o mejor, tierra abajo, porque es allí donde ocurrían y en él dos habitantes se repartían la culpa y el silencio.

La situación llegó a su límite cuando el mistela del cura que primorosamente guardaba para su liturgia y otras ocasiones más domésticas también desapareció líquida y súbitamente de su vidriado recipiente.

El sacristán alegó la inocencia inmaculada de su mascota en tanto que el cura defendió con envidia a su alado compañero. Los acusados se reservaron la palabra dejando para Dios la Justicia de los actos.

Fue entonces que el obispo medió en el conflicto, laudando a favor del caballo, a quien atribuyó el honor y los valores de su estirpe equina, en tanto defenestró al pobre gallo, enrostrándole los defectos plumudos y rastreros de su raza inferior.

A su fallo, no lo ensombrecían dudas: era éste quien había cometido estas tropelías, y lo más grave aún, era quien había libado el néctar ambarino reservado a los ministros del Señor.

Esa tarde la mano comedida del verdugo, revoleó por los aires al condenado empuñándolo por el cuello. El caballo fue testigo sordo del acto impío.

Después se supo: el gallo era abstemio.

Una sombra ya pronto serás

El sol de mayo lame tímidamente el aire de la mañana fría.

En el pequeño patio del manicomio, entre las hojas derribadas por costumbre de los otoños, tres hombres sueñan en vigilia con fantasmas y antiguos abismos con goteras. Hablan de inútiles recuerdos, de extraños mares que Saturno supo evaporar para recibir a cambio unos anillos... también de los escombros de una memoria fugitiva.

Un laberinto conversado a tuestas - como ciegos enlazados de las manos - los une ante un destino imaginado.

El conjuro de sus males tiene que llegar definitivamente a un fin. La llave certera para una puerta extraviada debe ser recuperada; nada más urgente que arrebatarse a la utopía la certidumbre del paradero exacto de la libertad.

Están de acuerdo que ha llegado la hora de escapar, al menos lo piensa así la mayoría.

La fuga no necesitará planes de un túnel que trasponga las murallas del hospital, ni acuerdos rentados con empleados, ni escapes de película.

El desafío es mayor aún. La oportunidad no tiene fecha de vencimiento, tampoco posibilidad de error.

La partida sólo consiste en abandonar el designio de las sombras, de sus propias sombras...desprenderse para siempre de su acecho inclemente, excluirse de su imperfecta liviandad, burlarse a carcajadas de su indiscreta acechanza.

Raúl es un soñador de perdidos soles, un loco lindo de pantalón carmín que encanta su aventura de vivir con una flauta de cartón. Está de pie y deambula nervioso en torno a su par de compañeros. Un salto, una mueca tartamuda y un repentino espasmo de alegría lo ponen de rodillas ante su sombra tendida sobre el cemento impávido, la acaricia solemnemente y con un beso la bendice por ser el ángel de la guarda, una entrañable compañía, una ilusión desamparada a su lado, más que eso...un alma compartida.

Por eso, y en premio por todo lo bueno transcurrido quiere dejarla volar, librarla de su dominio para que pueda ser por fin libre, dueña de sus movimientos, ama de sus atavíos. Darle la posibilidad de poner un nombre a su apellido.

Desde el piso, sentado con sus pies entrelazados y desnudo en plenitud, Aquiles masculla un cigarro desvanecido y algunos balbuceos ajenos a la voz.

Se proclama filósofo del silencio, arquitecto de cenizas y peregrino de caminos viejamente sepultados; su estirpe tosca es una chispa en ciernes.

Aquiles ansía una venganza que lo reconforte de la presencia ignominiosa de aquella serpiente de trapo que ha devorado su espíritu de vino y de vientos, quiere deshacerse de esa espía detestable. Necesita blandir su crueldad y planea coronar su cometido con un incendio atroz o mejor, destrozarse el cuerpo mismo de su sombra con un rastrillo de tres puntas. Tal vez mejor resulte tomarla con sus manos y arrugarla como un papel de diario. Eso es... estrangularla hasta hacerla sentir el gemido del último aliento. Y lo dice a

gritos, para que sepan lo que de él deben esperar.

Entre ambos, como una presencia insignificante, Juan observa y se rasca el torso envuelto en un piolín; un sombrero de paja delata un nido en su interior. Un número 9 en su pecho pintado con carbón y un silbato de platino lo ausentan del momento y lo depositan en una época de goles y nostalgia. Ha escuchado a esos otros dos locos y aunque comparte la inquietud del tema, decide no intervenir soslayando la huida, tal vez, para otro tiempo.

El plan se discute súbitamente y el lenguaje inverosímil de los recortes diurnos de la noche estremecen agriamente.

Vibra un cascabel de muerte sobre el desapacible recorte del patio.

Las sombras desesperan, se abarrotan de congoja, se entregan al rezo siempre a mano de los imposibles.

La reunión de suma urgencia las convoca en un punto elegido por arbitrio; la carencia de recuerdos las enmudece... no hay nada para argumentar, ni siquiera una piadosa indulgencia. Los libros de anatomía no las cuentan en sus lecciones; han olvidado con los años que ningún eco podría emerger de los labios que no tienen.

Temen por su vida y por el fin de su destino.

La revelación sacude una inquietud de hormiguero. Las conjeturas se suceden en la vertical de los semblantes y en la calamidad de las víctimas en ciernes.

Raúl insiste con vehemencia, casi heroicamente, mientras saca de un bolsillo de su camisa ausente una Biblia de palotes señalando con el índice a las sombras expectantes.

Como una tormenta de asteroides brotan de su garganta sermones de Armagedón; es momento de agitar con la mano libre una bolsita de cuerina donde guarda dinamitas de celofán.

De pronto y en el cenit de la efervescencia del discurso, él y su sombra son acechados por Aquiles que se esconde tras los ojos perforados por el odio. Éste olvida su desprecio por aquella mancha detestable que lo sostiene y la azuza a arremeter contra aquel predicador de mamarracho.

Como un perro hambriento, se lanza sobre el cuello de Raúl buscando la sangre febril que se atropella en las arterias, comenzando una cruel batalla por la vida. La sombra del acechado defiende a su amo intentando arrastrar a su ahora enemiga hacia el suelo, pero es despedazada en su vestido ondulante por Aquiles que había comenzado a cumplir su anhelo de reducir a retazos aquellos seres prestados.

La reyerta trastoca en jauría enajenada: festival de sangre coagulada y manchas huérfanas esparcidas.

El silencio alrededor es dueño de la tarde y hasta el cielo teme manchar su paño con la lumbre roja y negra de las bestias en lucha.

Juan, expectante y ajeno a todo hace unas señas con la boca a su sombra y la mantiene alejada del combate a muerte.

Silencioso, desenvaina una botella verde. En su vientre, como anguilas negras, se retuercen un millar de sombras atrapadas durante su vida de cazador de espectros.

Con un gesto ceremonioso extrae con su mano el contenido...sediento, rabioso, exhala una bocanada de venganza. Se abalanza sobre los hombres y las sombras,

ignorando la mano libertaria que las lanzó nuevamente a la vida.

En un instante todo se oscurece, hasta el color y el perfume se han quitado de la vida.

Nace, como de la nada, un universo de tinieblas que se desgrana lenta, mansamente sobre las hojas testimoniales.

Como las pesadas gotas de un reguero de mercurio, las migajas de las sombras y los deshechos de hombres se conjugan en ronda oscura.

Inmune al sol, despliega sus alas y vuela hacia el país de la noche.

Camisas “Porvenir “

- Venga para acá Giménez. Otra vez el mismo tema. Ud. piensa venir a trabajar así, con la ropa desaliñada, el cabello largo, la camisa hecha una bola de arrugas? ¿Que se piensa? ¿Que esto es joda?

- ¿Yo señor? ¿A mí me habla? Responde Giménez sorprendido y mirando hacia todos lados tratando de eludir la reprimenda.

- Si, a Ud. le hablo o no se fijó en todos estos detalles, en especial el de su camisa. La higiene y la buena presencia son normas de privilegio en nuestra empresa, por lo tanto, le exijo que la use como corresponde: ¡planchada y limpia ¡.

- Discúlpeme señor, pero me parece que Ud. se está equivocando, mi ropa está en perfecto estado. Fíjese bien: no está desarrugada, al contrario, está prolijamente planchada, dijo Giménez tratando de sortear la situación.

- ¿Me está tomando por tonto? ¿Ud. se cree que soy idiota?

Abrumado por las circunstancias Giménez decidió dar un giro en su versión. - Le explicaré señor gerente: Es verdad, esta camisa está decididamente arrugada, tal como la ve. Lo que Ud. ni nadie sabe es que esta camisa, en realidad, tiene secretamente impresa en cada una de sus arrugas un mapa. Una cartografía precisa de una expedición astral. Ella pronostica de manera personal e inequívoca todos los

acontecimientos y vicisitudes que le pertenecen a quien la posee. Vea, esta arruga de acá, la que está debajo del bolsillo derecho - si Ud. se fija detenidamente- podrá observar que manifiesta una bifurcación y tras ella una línea seguida de otra arruga que la corta transversalmente. Esa indicación de la carta me alertó de un accidente con el auto que pude evitar gracias a esa prevención; y eso no es nada, mire estas otras: la de este costado, por ejemplo. Èsta me señala que dentro de dos o tres años, me mudaré a otro barrio y compraré un perro que llamaré Colita ¿No es maravilloso? Pero no se distraiga, fíjese en esta otra, la cercana al cuello: evalúe su extensión, su profundidad, su carácter... ¡su personalidad! Le digo más, creo que, si la camisa no la contuviera, ella sola existiría sin necesidad de apoyarse en una prenda. La carta está completa y cada centímetro, cada milímetro está inscripto en el devenir de los infinitos universos que marcan a fuego nuestro destino desde el primer minuto de la vida.

El Gerente, a punto de tomarlo del cuello con sus manos y arrojarlo por la ventana hacia la calle, tuvo un instante de conmiseración e increíblemente, de duda.

Un silencio interminable fue compartido con Giménez y los otros empleados que se habían dado cita alrededor de ambos.

No sabían que decir ni, mucho peor, que hacer.

No podía dejarse charlar de tal modo con un mequetrefe, pero también cierto era su afición a las ciencias ocultas, la para-astronomía y toda esa colección de intrínfulis zodiacales.

Una caja de Pandora con preguntas estuvo a punto de

estallar, pero no se atrevió a formular ninguna. Continuó callado.

Dio la espalda a su empleado, tosió un par de veces y luego acicaló nerviosamente su bigote con la intención clara de tomarse el tiempo suficiente para intervenir.

Giménez seguía de pie y sin hablar, a la espera de alguna reacción, que rogaba fuera bienhechora y no que lo pusiera de patitas en la calle, sin empleo y lo peor de todo sin posibilidad de obtener alguna recomendación para otro “por charlatán”.

A esta altura pensaba arrepentido por haber llegado demasiado lejos con su atrevimiento.

- Ustedes vayan a sus lugares, dijo el Gerente a un trío de empleados que husmeaban en el lugar como desentendidos. Y Ud. Giménez, venga conmigo, tenemos que hablar en mi despacho.

A solas, cambió la expresión enjuta de su cara por una simpáticamente cómplice y preguntó mirándolo a los ojos: Dígame Marcelo... (obviando adrede mencionar su apellido, como para congraciarse) ¿está seguro de lo que me contó de las arrugas? ¿es tan así lo de la carta natal universal o algo como eso? Mire...le voy a contar algo que pertenece a mi absoluta intimidad... yo soy un fervoroso creyente, además de estudioso, de los fenómenos y mensajes del destino a través de los elementos. Bueno... algunos los encontraron en los recovecos de la fe, otros en la química, algunos en la ruleta, y Ud. me acerca esto tan revelador e inquietante. Por supuesto que estoy sumamente interesado en conocer a fondo

los formatos y diseños de las arrugas en su camisa, pero... ¿existen otras como la suya? ¿Cómo la consiguió? ¿quién las produce y las vende? ¿podría obtener la mía?... de ser así, no escatimaría precio. Por favor, dígame algo Marcelo, no me deje con estas dudas...Pienso que a partir de hoy ya no volveré a ser el mismo.

Giménez, recompuso la postura y aliviado por exonerar un final que veía próximo y desastroso, continuó con su fantasía.

Le refirió. - Yo ya sabía que esto sucedería tal como fue...me lo indicó esta arruga, la que está debajo de mi axila izquierda. Por ella supe que Ud. aceptaría mi versión y que me pediría que fuera su socio en esta travesía de búsqueda de lo inexplicable a través de las manifestaciones sencillas, pero no por ello menos elocuentes, de los mandatos cósmicos.

Agregó, Por supuesto que puedo conseguirle la que le es propia a muy buen precio.

- ¿A cuánto, a cuánto? dijo impaciente el Gerente. Por favor conteste Marcelo.

- El precio es muy bajo si se piensa en la utilidad y el sustrato estelar de su contenido...

- Vamos, Vamos, dígamelo de una vez, ...

- Bueno, la camisa está valuada en unos 2.500 dólares. Aproveche porque está como de oferta.

- Mmm... está un poco cara, no sé si podremos hacer el negocio.

- Aquí lo verdaderamente importante no es su precio, sino su valor.

- Está bien, le encargo que me traiga para mañana mismo mi camisa astral, pero antes dígame como la consigue, donde la fabrican, detalles en fin...

- No hace falta esperar hasta mañana, Sr. Gerente, ahora mismo le entrego la que tengo en mi portafolio y que ya traía preparada para Ud., dado que ya sabía que esto acontecería. Y ya que estamos en confianza le cuento: Una tarde, por casualidad, mientras arreglaba en el patio la pérdida subterránea de un caño, sin motivo ni origen, brotó un hilo de agua desde el suelo que me mojó íntegramente la camisa... esta misma que Ud. ve.

- ¿Y?, ¿Y?, ¿qué pasó? preguntaba el Gerente mientras se ponía la camisa arrugada recientemente adquirida con su mapa universal que pronto comenzaría a aprender a descifrar.

- Pasó que un pájaro negro que volaba a metros sobre mi cabeza me arrojó un papel cartográfico con precisas indicaciones para secar la camisa: estrujarla sólo con la mano izquierda, ese mismo viernes a las doce de la noche.

Además, en ese acto, tener colocado un calzoncillo verde y el reloj pulsera atado al tobillo derecho. También no olvidar de ceñir un pañuelo amarillo al cuello y tener guardado en el bolsillo trasero del pantalón la partitura de "Desde el Alma" de Rosita Melo.

Al final del mensaje estaba el fin de todo este procedimiento: ¡En el dibujo de las arrugas se manifestaría el Destino!. Lo anterior, como un testimonio del Pasado y el Futuro, como una señal revelada del porvenir. Así lo hice y el resultado está aquí.

- ¡Extraordinario Giménez!, ¡Maravilloso!, dijo el Gerente, mientras pensaba que ya era tiempo suficiente para que llegara el servicio de atención de enfermos mentales que había requerido un rato antes y que había sostenido en espera con entretenimiento de ese pobre muchacho desvariado.

Un tropel como de caballos se sintió en el pasillo y de repente ingresaron a la oficina tres hombres vestidos de blanco que sin mediar palabra enredaron a Giménez en un camisón con correas de cuero para llevarlo al manicomio.

- ...Camisas astrales...ja, ja...Mensajes del cosmos...Revelaciones del futuro...ja, ja...!Este Giménez estaba loco de verdad!

Pasado ese momento, se sentó en el cómodo sillón que se guarecía detrás de su escritorio. Vaga la mirada, al recorrer el espacio circundante, advirtió que frente suyo descansaba, listo para ser detectado, un papel manuscrito en pocas letras decía: "Fíjese en la arruga de su camisa, Sr. Gerente. Ésa, esa que está al costado del tercer botón. Esa horizontal, de unos cuatro centímetros de largo, poco profunda pero visible al trasluz...Luego de que la vea, dé vuelta este papel.

Pensando en un chiste, el Gerente miró de reojo su camisa. ¡Y vio la arruga! Tal cual era descripta. Temeroso examinó el reverso del papel y ante sus ojos el texto consignado decía: "Arruga correspondiente a la coordenada Alfa 2345 de la Constelación Ajamónales F4 del año 4791, Tiempo E-097. Camisa del Sr. Armando Jorge Farías, Gerente de la

Empresa Acuarela. Fin de ciclo. Disparo de arma de fuego en la parte frontal derecha, con orificio de entrada y de salida, destrucción de cerebro y cerebelo. Muerte instantánea.”

El terror se dibujó en su cara y no pudo atinar a nada.

Un estampido concluyó la escena.

Venganza soñada

La sala de espera del consultorio médico hacinaba una veintena de pacientes.

Mientras se observaban de soslayo repartían toses por el aire, intercambiaban historias de padecimientos cuál de todos más terrible y farfullaban las quejas de siempre por la demora del doctor respeto de sus turnos.

Un cuchicheo sordo como revoloteo de panal se derrumba cuando una mujer pulveriza amenazas en el oído de su hijo y eleva cada vez más su tono; el niño intenta una defensa y como resultado no deseado recibe un tirón brutal que casi le desgarró su pequeña oreja.

El llanto se inaugura de repente...dolido, compulsivo.

Todos observan indignados y en silencio; se entrecruzan cuarenta miradas ardidas de bronca, pero pese a ello nadie se decide a intervenir.

La mujer se declara ausente de su entorno, el que muda y solidariamente le manifiesta su repudio.

Cada uno piensa en tomar venganza e imagina el cómo: tan sólo es una manera de exculpar la inacción que los avergüenza.

Un hombre de unos setenta y pico de años sentado junto a la única planta que oficia de cenicero, piensa...

Repasa algunas formas de hacerle pagar el bochorno y el dolor propinado al muchachito.

Mientras elucubra la venganza un relámpago de

recuerdos lo convierte allí mismo en el niño que ya fue.

Sigue sentado en el insufrible banco de madera, ahora coloreando pensamientos.

No sabe el pequeño que ese viejo que lo alberga es uno más de los que padecen la venganza que el tiempo, tal vez, se toma por invadir su territorio de relojería.

Inocente, activo, leve puede verse andando allá lejos, como en la trastienda de un sueño...jugando, trepando, saltando, con la felicidad como certeza.

Ahora supone que, desde el comienzo, un juez irrevocable que lo habita en su interior como un gusano, lo ha condenado de antemano.

La sentencia trae de por sí algunas cláusulas fatales: espiar la vida tras unas malditas cataratas que le han cegado los ojos detrás de un torrente de agua, deletrear la inmanejable voluntad de sus rodillas, asumir como un conjuro el derrotero de la artrosis, abjurar de sal y de los pequeños gustos del cigarrillo, el coñac y los chorizos, imaginar la plenitud de los sonidos que se frustran en la antesala de sus tímpanos, convivir con el temblor de su par de manos...en fin...estrecha síntesis de un infinito detalle de contrariedades.

A su alrededor, la escena se ha tornado una fotografía.

El niño revelado le pregunta cuál ha sido su pecado... su delito...su mal actuar.

El hombre viejo baja la mirada y la posa sobre su abdomen.

Asoman de su imaginación algunas respuestas con las que pretende conformarlo. Y responde: será tal vez por

disfrutar de lo vivido... cosas y momentos que perduran inmutables en mis sentidos, aun cuando éstos se encuentren hoy en estado de socorro.

Explica que aquello existe a pesar de todo: el perfume azul de las glicinas en el patio de la infancia, el papel rosita del barrilete que por fin hizo volar, el frescor transparente del almacén de Don Atilio, la creolina de la estación de trenes, la polvareda de las siestas en la canchita del Palomar, la luna nueva sobre su barrio de Las Flores, la musiquita del vecino escalando tenue los ladrillos de la tapia...

Si, debe ser por eso que el tiempo asesta su revancha impiadosa, concluye con seriedad.

Se interrumpe, entrecierra los párpados y un gesto agrio le aprieta los labios.

Recapacita...también él fue su fiscal acusador y se procuró castigos.

¡Cuántas veces tuvo que hacer lo que se debía y no lo hizo...! ¡Cuántas ocasiones pudo ser mejor y se quedó en el intento! ¡Cuánto, cuánto cuánto...!

Pero tuvieron su merecido y de tal modo transitó la cuerda del camino como un equilibrista...Por su suerte, la red lo salvó de romperse el alma contra el suelo.

El viejo le cuenta al niño que tiene una carta en la manga todavía. Le pide que guarde el secreto de lo que va a contarle.

Sonríen ambos, se toman del corazón y mientras uno dice el otro escucha.

“El Tiempo está detenido. Algo ha fallado en su engranaje. Somos nosotros los que transcurrimos y por lo

tanto la venganza no es posible. Es a cada Ser a quien le pertenecen los minutos, incluso hasta la gota final de la arena del reloj”.

La sala ahora está vacía y casi oscura.

De pronto, alguien lo sacude y le pregunta a quien espera.

El viejo se despabila un poco y responde: “Nada, nada... vine a soñar un rato...ya me voy...gracias “

Post-mortem

Lo están velando en la otra cuadra. Estaba viejo ya el poeta.

Era un tipo raro, dice la vecina de la escoba. Eso de andar mirando flores, hincar rodilla para hablar con perros... para mí no era normal el hombre, qué quiere que le diga.

Yo lo escuché recitar entre labios unas rimas, también cerrar su paraguas para dejar solita el alma entre la lluvia. Era un tipo raro, insiste la de la escoba.

Dicen que se murió de nada. Para mí, que no quería más. Se lo veía cansado al hombre.

Es que esta gente vive en otro mundo...como de cosas lindas. Para poeta no se estudia.

Por eso debe ser más fácil.

! Hay que tener tiempo para andar diciendo cosas de las cosas!...a lo mejor en la casa no

tenía nada por hacer. No creo. Siempre hace falta poner un clavo o arreglar una que otra silla. O ayudar con algo, qué se yo... con algún mandado, con regarle los geranios a doña Elsa. Aunque más no sea con cambiarle al agua a la jaula del canario.

!Qué manera linda de pasar la vida!. O a lo mejor escribe sus cuadernos en la casa. Por eso es que no hace otra cosa. Pobre mujer. Sola para todo. Y el señor, escribiendo.

¡No!, si es como yo digo: este mundo va de mal en peor.

Dicen que están regalando libros en el velorio. Unos

cuantos que tenía en una caja.

Libros que jamás pudo vender. Me acuerdo cuando los ofrecía. Los tuvo que guardar.

No son tiempos para andar leyendo versos. Ni comprar lo que no hace falta. La plata no alcanza para nada. Deberíamos ir a ver. Es cierto. Están entregando libros. Me acerco.

Me dan uno. El libro se llama “Ahora es demasiado tarde”.

No me gusta mucho el título. Me da como a reproche. Lo abro para ver que dice. En la primera hoja en blanco descubro una dedicatoria.! Para mí! Si, ahora que lo pienso...

el poeta era bastante generoso. También muy servicial. Muy educado. Lástima esa barba A mí los barbudos me dan como a sucio, qué quiera que le diga.

A mí también me dedicó, dice la de la verdulería. Y a mí, resopla el marido de la costurera. Pensar que se murió, pobre. Con lo lindo que escribía. Dicen que ganó una vez un premio. Los que se han llegado por curiosidad tienen su ejemplar. Todos con su firma y letra. Todos muy atribulados.

Pobrecito, hasta el último pensó en nosotros. Para eso estamos los vecinos. Para lo que haga falta. El poeta era un tipo raro, dice la mujer de la escoba. Luego metió el libro en su bolsa de mercado. Y lo Hermanó con los enseres del puchero.

Me dejó helado

Un convite de mortadela se paría desde la cocina de la fonda. También el rezongo chillón de una mujer.

Detrás del mostrador, un hombre luchaba por acomodar su panza sobre el cinturón. Una rejilla de limpiar colgaba de su cuello y una lapicera hacía equilibrio en una de sus orejas.

En el pequeño salón las moscas dibujaban leves estelas negras. En la entrada al bar un perro negro dormía su vigilia bajo una tupida cortina plástica. De ahí en más, el tropiezo con él resultaba inevitable.

Cerca de la ventana, en el costado que da a la calle, una mesa flexionaba sus endeble patas en tijera. Sobre ella, dos vasos largos esperaban llenar su contenido; un puñado de maní y unas papas fritas trajinadas por el manoseo los acompañaban.

La mesa de pool, renga de vejez, se afirmaba en un ladrillo provisorio.

Siempre llegaba yo primero. Al rato, ella.

Los martes, después de las ocho de la noche. Cuando Lucía salía de la clase, cuando por fin terminaba yo mis horas de trabajo.

Esperábamos ese día, ese momento para jugar. Para charlar, beber un trago. Estar cerca, un poco juntos.

Algo tendría que pasar. A mí me gustaba, para qué voy a mentir. Creo que a ella también yo. Había onda, pero algo faltaba.

Una noche sucedió algo impensado. No estábamos allí. Nos enteramos por los comentarios. Todo se dio de golpe, de pronto. Sin una señal. Una catástrofe. Muchos emigraron después de aquel acontecimiento.

La incertidumbre llegó como un regalo.

Todos nos llenamos de ansiedad y de vacío. Nosotros más que nadie. Queríamos saber. Y cuánto más larga se hacía la espera, más inquietud nos consumía.

Nos hablamos por teléfono. Cambiamos pensamientos. Hicimos conjeturas. Buscamos soluciones. Todo parecía caer en el absurdo. Costaba convencerse de que aquello tan desgraciado hubiese sucedido. Todo andaba más que bien. Pero parecía no haber forma de volver atrás.

O tal vez sí. Se solucionaría. Eso llegamos a pensar.

La noticia buena tendría que llegar. En algún momento, sin aviso previo. De no ser así, la historia del lugar vería su inesperado fin.

La suerte o el destino, que vendría a ser lo mismo, se pondría de nuestro lado.

Lo intuimos la misma noche en que nos encontramos nuevamente. Otro martes de tantos.

Comenzamos a jugar. Apoyando su cintura en la mesa de pool, Lucía cerraba un ojo y con el otro afinaba la puntería. Desde un costado, yo la miraba pensando en un más luego. Llamé al mozo y pedí una cerveza. No contestó nada. Ni una mueca asomó de la comisura de su boca.

Pensé con más fuerza que alguna que algo bueno ocurriría. Era mi turno. Tomé el taco y golpeé con furia la

bola blanca. Un desparramo llevó la bola negra al interior de la tronera. Fin del juego. Perdí el primer chico .

No sentamos a la mesa. Nos miramos preocupados. La sombra de lo incierto otra vez se instaló al borde de los vasos. Por el camino estrecho, el mozo traía su bandeja con un envase cubierto con un trapo amarillento. Aquí está dijo. Y descubrió la botella de cerveza transpirando su propio frío. Llegó a su fin el tedio. La noticia nos devolvió la alegría ausente.

La heladera había sido reparada.

Planisferio

La noche desataba su bravura entre el tropel del viento. No encuentro qué hacer con mi abulia y con mi tiempo. Recorro los rincones de la habitación con todos mis sentidos.

Sin pensar rebusco, sin saber qué cosa, entre algunas fotos y unos cuantos papeles viejos.

Me sorprende un reencuentro inesperado.

Un testigo de mi infancia se asoma y enciende mi alegría: es un planisferio que me enseñó a conocer donde vivía.

Lo miro como quien encuentra a un amigo que se extraña por ausencia.

Celebro la sorpresa recorriendo los contornos que dibujan la epidermis de los mares, la inestable línea donde las costas respiran por sus playas y todavía me inquieta ver la perfecta jaula tejida por meridianos y paralelos.

Imagino la gente debajo de sus barrotes, incapaz de escapar de su tormento.

Quiero jugar.

Cierro los ojos y cae la cortina oscura que diluye todo.

Levanto el dedo de arrebatar el dulce de leche al tarro de cartón y envuelvo el aire como a una serpentina.

Lo elevo hasta el confín del cielo y desde la última estrella lo dejo caer a pique sobre el planisferio.

El vuelo se hace tierra en un punto que me inquieta: una casualidad, seguramente. Intento nuevamente.

Esta vez haciendo girar sobre la mesa el mapa del

mundo que parece mío entre mis dedos.

Lanzo ciegamente el índice sobre él y otra vez, exacto, señala el mismo punto: tal vez las coincidencias sean más que puras causalidades, más bien sean tan sólo su antesala.

Quiero reducir a nada la posibilidad de inducirme a determinar el lugar que pareciera prefijado.

Repito por última vez el juego.

Dejo a oscuras la habitación... doy vuelta el planisferio de anverso a reverso incontables veces hasta perder la noción de la ubicación de sus caras.

Me obligo a pensar en otra cosa. Sostengo con una mano el papel y con la otra dispongo el índice como una vara y lo lanzo desde arriba como un misil.

Ya está. Ya impactó. No tengo modo de saber si sobre el dibujo o sobre el blanco estéril del revés.

Siento una impaciencia voraz que sádicamente me niego a quebrar.

Dejo transcurrir la incógnita a través de unos segundos entre la negrura del entorno.

Demoro el resultado, pero ya es momento.

Intento intuir pero me vence la incertidumbre. Enciendo entonces la luz del celular.

La encamino con cuidado hacia el del encuentro de mi ser con el mundo resumido en líneas: el sitio del final del juego.

Veo y me convenzo a pesar de mi escepticismo: el final es su principio.

El lugar donde se encuentran mi dedo y el planisferio

es una esquina, como ocurre en las letras de los tangos : Sarmiento y Vélez Sársfield, en el barrio de Las Flores. Punto diminuto en el enorme dibujo del planeta, coordenada donde niño conocí los secretos diminutos de la felicidad.

Tal vez, la geografía y las metáforas sean hermanas incomprendidas.-

Le digo una cosa

-Buenos día doña Mari. ¡Qué va a llevar?, dijo ocultando el lado derecho de su cara mientras acomodaba unos tomates dentro de un cajón.

- Cómo le va Don Antonio...! ¡No sé qué voy a cocinar hoy! menos mal que estoy sola por unos días. Mi hijo viajó a La Pampa y volverá para fin de mes. Pienso hacer algo livianito nomás.

Cuentemé. ¡Que me le ha andado pasando que hace unos cuantos días que está perdido? ¿Algún viajecito por ahí?

- Si... una vueltita por la Sierras...nada importante.

- ¿Con estos fríos? Le digo una cosa: mejor hubiera sido que rumbiara para el Norte...Salta...Jujuy...por esos lados... dicen que es muy lindo y que no es tan bravo el invierno.

- Es que...me fui a visitar unos parientes...Unos primos que viven en Los Cocos, continuó diciendo de perfil izquierdo.

- ¿Son verduleros como Usté?

- No doña Mari...esos han tenido mejor suerte. Uno es concejal y el otro asesor de un político. Están muy bien. Tienen casa con pileta y dos por tres viajan afuera, de vacaciones.

- Mire Usté...Le digo una cosa y disculpe si lo ofiendo pero esos no son trabajos. ¿Trabajar es otra cosa...o no? Mire si le falto a la verdad: ahí se tiene usted mismo. ¡Los que trabajan son los albañiles, los carpinteros, los zapateros...! ¡Esos! ¿Los políticos lo único qui hacen es robar...O no?

- Mis parientes son buenos muchachos y se las rebuscan. ¡Si le habrán dado dolores de cabeza al padre! Los dos, el Seba y el Federico dejaron el secundario porque no les daba.! ¡Y mire! Ahí los tiene. Tuvieron suerte en engancharse con la política.

- Le digo una cosa: La verdá, la verdá...y así hay muchos...además de toda esa manga de vagos que cobran los planes... ¿y quién pone esa platita ah? ¡Nosotros!

Le digo una cosa: yo soy jubilada. ! ¡Trabajé cuarenta años en la tienda de Don Cosme y cobro una miseria!

- Entonces ¡Qué va a llevar dona Mari? ,dijo para cortar la conversación y sin darse cuenta expuso su cara entera. Un par de guiños de su ojo derecho se dispararon hacia la humanidad de su clienta.

Haciéndose la desentendida contestó

- No sé...no sé... ¿qué me sugiere usted?

- Yo le sugeriría ...que se lleve un choclo para la sopa... está de oferta esta semana. (y otros guiños se escaparon nuevamente)

- Ejemmmm...Ejemmm. ¿. y qué más podría ser?,dijo ruborizada.

- Unos apios que son muy buenos para todo...y un ajito también, esto va de yapa ...los médicos lo recomiendan... Más a nuestra edad...aunque yo me siento como si tuviera treinta, un tigre...mire. Y a usted se la ve muy saludable, como rejuvenecida....

- ¡Muchas gracias Don Antonio!, repuso y respondió al galanteo con un guiño, sin que aquel pudiera percatarse

- Usted se lo merece dona Mari, contestó. Y arremetió con una ristra de guiñadas que surgían en descontrol.

- ¡Qué día que tenemos hoy, ¿no?! dijo la mujer entusiasmada y agregó al nuevo guiño un chucic de labios, que tampoco pudo apreciar el destinatario, en su afán de ocultar el incesante parpadeo.

- Y si no hágase una polentita...el día se presta...Le pone un quesito arriba de la salsa y a chuparse los dedos. (Tres guiños más)

- ¡Ay Antonio!, somos grandes ya...vayamos al grano... ¿cuáles son tus intenciones? dijo y estiró la mano en busca de la de aquel sin que llegara a destino. Fortuitamente dio la espalda y no advirtió la acción.

- Las de siempre doña Mari. ¡Tratar de asesorar a mis clientes!

- ¡Vamos hombre!, te digo una cosa: no seas tímido, che...arrancà nomás que mis sentidos están prestos a escuchar. Sé que a veces puede resultar difícil, más por la costumbre de vernos como vecinos, pero si tenés que decir, decí. Seguramente serás recompensado.

- Eso es lo que espero señora: que todos salgan conformes de mi negocio y que sepan apreciar mi verdura y mis consejos y que...

- ¡Vamos Toño!, dijo tuteándolo...metéle...espero ansiosa tus palabras

- No entiendo doña Mari. No sé qué espera que le diga.

- Te digo una cosa: aclará tus indirectas y demás...

no te hagas el zonzo que bien atorrante que sos...ya me han contado por ahí...

- Disculpe si ha tomado mal esta conversación...no fue mi intención ...

- ¡Y cuales fueron tus intenciones ¡¿Lo del choclo, los guiños, que estás hecho un tigre? Por quién me has tomado viejo degenerado.! ¡Soy una señora! ¡Con todas las letras... ¡Guárdate los choclos en donde te resulte cómodo ponerlos, por no decir una grosería porque bien educada que soy! ¡Y agradecé que no te denuncio a la policía por abuso!

Mientras se retiraba una andanada de insultos se perdían junto con ella. Como despedida le gritó desde la puerta: Y te digo una cosa más: ¡andate a la puta que te parió!

Después de mucho pensar Don Antonio sospechó el desenlace de lo sucedido. Vio con intermitencias como doña Mari se alejaba. Como en una película de Chaplin. Cuadro por cuadro.

Quizás debió contar que sus vacaciones fueron en realidad unos días de hospital. Y que el inconveniente dejó una secuela permanente. Un maldito guiño.

El péndulo

Como todos los días, abrí la Biblioteca a las nueve de la mañana y realicé el recorrido de costumbre: controlar que todo se hallara en orden y más que nunca deseé con ansias que no hubiera novedades; mi ánimo por esos días no había sido el mejor y mis ganas de enfrentar dificultades no estaba en un punto favorable.

Contrariando lo esperado, en el extremo de uno de los estantes, una diminuta isla de papel picado denunciaba la presencia de alguna rata papelera.

Indagué los alrededores, pero no pude encontrar señales de su presencia y, mucho menos, de su guarida. Preocupado, aunque confiado en el ingenio superior del hombre para resolver estas cuestiones, le preparé una trampa; de esas de madera en que se coloca el sebo ensartado a una latita.

Gentilmente, se la dejé lista para que su apetito le propinara la lección fatal.

Al día siguiente, ávido de ver su cuello aplastado por el impulso del resorte, sentí a la primera mirada una gran desilusión porque todo estaba como lo había preparado y ahí nomás, una verdadera conmoción por lo que se presentó ante mis ojos.

Sobre un montículo abundante de picadura fina, un papelito escrito con letra bien pequeña pero prolija y legible, me enfrentaba a un mensaje: “Bienaventurado El Caballero Que Utiliza Ecuánime Razón”.

¿Era esto una broma de mal gusto, una casualidad, un acertijo?, me pregunté y la respuesta me llevó a considerar lo último: este animalito había urdido esta maniobra para entretenerse conmigo y con mi paciencia.

¿Pero...Qué significaba ese breve y extraño texto? ¿Cuál su finalidad? Lo primero que dejó en claro era que quería involucrarme en la resolución de este enigma; y acepté valientemente el desafío.

Estuve un rato largo leyendo y releendo en voz alta esa frase para encontrar alguna pista...hasta que de pronto... ¡Claro!, me dije! ¿Cómo no me había dado cuenta?:la letra inicial de cada palabra, sumadas, revelaban un nombre... ¡Bécquer ¡.

Considerando estar a las puertas de una solución inmediata, casi corriendo me fui al sector donde los clásicos de poesía se enfilaban codo a codo; apretujado entre Lope de Vega y García Lorca, las Rimas asomaba su lomo como invitando a una inspección.

¡Así lo hice y advertí que se asentaba sobre un colchoncito de papel picado...! El roedor me refregaba en la cara su inteligencia, pero no me detuve en eso: ¡Una hoja tenía su vértice doblado, como indicando algo!

Leí con fruición "Ser pi ente del amor, risa traidora, / verdugo del ensueño y de la luz, / perfumado puñal, beso enconado.../ ¡eso eres tú!". Yo quedé desconcertado...

Nuevamente me ponía en la tarea de dilucidar este enunciado que me llevaría a saber quién sabe dónde y, lo peor, para qué.

Estaba a punto de abandonar este improductivo juego cuando tomé razón de que la primera palabra, serpiente, no estaba escrita toda junta sino como separada en sílabas...En principio estimé que eso era un error de imprenta, pero luego logré desatar ese nudo: Decía claramente "Ser Pi. ¡Eso es! ; Ser Pi! y pensé, lógicamente, en la ecuación 3, 1416.

Desde algún rincón mi rata enemiga me estaría observando divertida, aunque ahora un poco contrariada al verme desatar las alternativas que me planteaba ordenadamente.

Era hora de cerrar la biblioteca, pero antes de irme a casa, tomé un par de libros de matemáticas, adornados - otra vez - con papel picado.

Esa noche, después de cenar, me puse al tanto de Pi y sus pormenores examinando una a una las páginas que tenía como consulta. Y más, investigué en google lo más que pude, pero no le hallaba pies ni cabeza a esta tontería de seguirle la chanza a un bichito tan dañino y ahora, astuto.

Movilizado, tomé la decisión de continuar hasta el final de este incierto derrotero.

El mensaje oculto en Pi estaba a la vista: el número lo encerraba subrepticamente...3, por el tercer mes del calendario y 1416, por el año...Entonces la pista era marzo de 1416.

Esa noche me costó conciliar el sueño y antes del horario de apertura de la biblio ya estaba por allí para paliar la ansiedad que me despertaba escrutar las efemérides o chequear los acontecimientos importantes de aquella época.

Aunque fue bastante dificultoso encontrar precisiones, en un tomo enciclopédico hallé lo que buscaba: por ese entonces un eclipse total de sol había oscurecido la Tierra.

Barajé varias alternativas, pero intuí que mi contrincante quería mencionar a la noche en ese enigma y por ahí continué mi camino. Ponderé sus misterios: desde lo astronómico hasta lo literario pasando por lo metafísico, pero el panorama era amplio y desolador; no le encontraba ningún sentido y nada parecía conectarme con la respuesta.

Sentado al frente del mesón viejo, mi mirada se perdía entre conjeturas y manuales prolijamente acomodados. Iban y venían mis pensamientos hasta que mis ojos se detuvieron ante la imagen de un crucifijo. ¡La Cruz del Sur! ¡Sí! ¡La Cruz del Sur era la solución de esta adivinanza!

Me acerqué apuradamente a una antigua y plateada cruz que presidía el salón y mi desesperanza me asestó un certero golpe: no había papelito en sus cercanías...

Estimé de pronto que mi contrincante había decretado un game over y había abandonado la disputa.

Me quedé un momento mirando el Cristo como si nada existiera a su alrededor, como cuando uno se queda con la boca enjuagada de preguntas...en ese...deja vu advertí que el reloj de péndulo que se erigía debajo de él marcaba las ocho de la noche con sus agujas rocó mientras que un gong lo acreditaba con precisión fatal.

Repuesto de ese trance me di cuenta de que el péndulo albergaba sobre su lomo un objeto extraño.

Me acerqué hasta casi tocar mi nariz contra el vidrio del

aparato y algo extraordinario se manifestó ante mi vista: La rata se balanceaba muy tranquila sobre un columpio exacto.

Reaccioné pensando en buscar un palo, una regla o algo para abrir la puertita del reloj y terminar con su astucia y sus días, pero otra vez, la sorpresa me dejó inmóvil: con sus patitas delanteras sujetaba ¡un papelito enrollado ¡.

Delicadamente lo dejó caer al tiempo que sus pequeños ojos de rata se estrellaban entre mis cejas...Era sin duda una sutil invitación para que yo leyera su mensaje.

Así lo hice; era una carta y su texto decía: “No te enojés, fue sólo un juego, pero considera lo que te diré: los enigmas que te puse enfrente fueron metáforas de los acontecimientos que la vida nos pone adelante y debemos apreciar y resolver. ¡No cabe la desesperanza! tal como lo hiciste. Cabalgué sobre el péndulo para que supieras que el tiempo es un vaivén constante e ininterrumpido y que no se detiene; no te caigas de su viaje. Buena suerte”. Firma “Tu amiga la rata paseandera”.

Cuando levanté los ojos para agradecerle con mi corazón ya no estaba.

Mientras tanto, el péndulo seguía cortando el tiempo en pequeños pedacitos, como retazos de papel picado.

Abuela Elena

La siesta se ahoga bajo el techo acanalado del patio quilinero. Unos tarros de aceite usado se recuestan bajo un mesón destartalado; allí duermen su agonía un ejército de tornillos y arandelas que el tío Ñato dejara como si fuera para siempre.

Bajo el paraíso en flor, mi abuela Elena - fugitiva niña de un Santander hecho brumas -, enseñoorea su batón marrón a cuadros en una de silla desmembrada por los años.

Con la ternura como albañil de sus palabras me susurra un cuento desde el umbral de sus antiguos lentes de carey.

Poco a poco, entre la trama y sus silencios, va construyendo aquel prodigioso viaje hacia el corazón de mi infancia.

Recuerda su lugar lejano y aquel puerto donde sus pies anclan colores de otros tiempos...su voz clara desanda pasos de una cartografía que sólo habita en su presentimiento.

Escucho, pienso, imagino...casi estoy viendo sus retratos del pasado; en mi exiguo pecho, un tesoro de conjeturas es llevado de la mano hacia el asombro.

Los gorriones detienen su aleteo, las yerbabuenas suspenden sus fragancias en la huerta y en el sopor vecino el caballo de don " Payo " deja de espantar las moscas.

De pronto, aquel cercano mundo abdica del presente.

Todo se ha dormido alrededor. Una dulce urgencia trae un relato que se enciende tierno y anhelado en la tarde del verano.

Mis padres y mis tíos descansan en las galerías frescas

de la vieja casa, ajenos a la aventura que hemos abrazado.

La abuela Elena suelta de sus manos la magia del instante para que mi alma de niño lo tome para siempre

Vuelven sus antaños cristalinos hasta esta mediatarde de fuego; su cuento se funde como en la cacerola que hierve el dulce de leche.

Su relato va poniendo en el camino la inquietud de mil pajaritos que revolotean bajo mis costillas.

Como en los sueños, su canción de tiempo me cautiva por completo y de repente, como salido de la nada aparece su amigo Pedro Ordimán, desandando su conflicto eterno con las chivas que invaden su castellano cebollar.

Como al pasar, sus manos tibias capturan graciosamente las mías mientras sus ojos de esmeralda se posan sobre los míos colmados de inocencia.

Sigue la evocación de antiguos trenes y legendarios maquinistas, trashumantes personajes de su memoria que han fugado de la antigua España y ensayan reencuentros en las vías de su pueblo americano.

Poco a poco, casi sin saberlo, la tertulia de su amor y su paisaje bueno, sus golosinas de sémola y su vida de hada bondadosa se van yendo con el tiempo.

De repente, la magia muere de un disparo.

Despierto del ensueño y denuncio la desaparición forzada de un niño que ya fui, entretanto la siesta de Quilino me devuelve la tristeza y la certidumbre inapelable de los años que se han ido.



Índice

Prólogo	9
Dionisio Cuenta	11
La tumba del cerdo	13
Adele	33
Jesús por tres	36
Los sapos ahora saltan	42
Soy el muerto	44
Setiembre	48
Pastor	52
El banco desde el banco	57
Volar es maravilloso	63
Al Don Pirulero	65
Blanco y negro	70
Defensa del consumidor	72
Mi caballo tiene plumas	79
El tierno	81
Groe	87
Desaparecido en vuelo	93
Estrella negra	95
Mirame...mirame...mirame	98
Pecado capital	104
Una sombra ya pronto serás	106
Camisas "Porvenir"	111
Venganza soñada	118
Post-Mortem	122
Me dejó helado	124
Planisferio	127
Le digo una cosa	130
El péndulo	134
Abuela Elena	139

**Este libro se terminó de editar en el mes de
septiembre del año 2022 en Ediciones del Callejón
Son 100 ejemplares
Traslasierra
Córdoba - Argentina**

